

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL
CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año IV

Badajoz Abril y Mayo de 1911.

N.ºs 4 y 5

SUMARIO: El Teatro Romano de Mérida, por Maximiliano Macías.—Héroes de la Independencia Española (Biografía de D. Joaquín Caamaño y Pardo), por X.—Notas Oliventinas (conclusión), por Jesús Rincón Giménez.—De Literatura Regional, por Marcos Suárez Murillo.—Una carta, por J. Gestoso.—Trova de Amor, por Luis Bardají.—Los guerrilleros en la Frontera portuguesa: D. Julián Sánchez (a) El Charro, por José Alba Abad.—El Milagro de la Fé, por Antonio Teixeira.—Sobre los moriscos de Hornachos, por J. Gestoso y Pérez.—D. Cristóbal del Solar de Celis, por Antonio del Solar.—Páginas de un libro, por X.—De libros, por F. F. y L.—Legajo.—Pliegos de Historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz, por D. Juan Solano de Figueroa y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

EL TEATRO ROMANO DE MÉRIDA

Las interesantes excavaciones que bajo la dirección del sabio arqueólogo D. José R. Mérida, se están efectuando en el teatro romano de Mérida, dan cierta actualidad á cuanto sobre ello se escriba, y considerando que ninguna tribuna más apropiada para esto que las columnas de esta ilustrada Revista, heme aquí ocupando un sitio que no me corresponde y en el que me considero indebidamente honrado, ensartando estas mal hilvanadas líneas con pretensiones de apuntes, para reconstituir la historia del monumento citado, que es una de las joyas más preciadas de la famosa Augusta Emérita.

Si algún paciente lector tiene la bondad de seguirme en mi modesto trabajo, verá que es escasa la aportación que hago, pero si con ello lograra hacer salir nuevas noticias, nuevos datos, para mí desconocidos, que aclararan lo muy turbio que hay

en mi artículo, mi satisfacción sería completa y por bien empleado daría las justas censuras que merezca por meterme en estas andanzas.

Mas hora es ya de que entremos en la materia objeto de este trabajo.

Nos es conocida fijamente la fecha en que fué construido el monumento que nos ocupa. Poseemos *la partida de nacimiento*, por duplicado aparecida entre los escombros, y grabada en dos enormes sillares de granito de 4'60 metros de longitud, que servían de dintel á cada una de las dos portadas laterales de las galerías que daban entrada ó paso por la *ordiestra* á los coros y comparsas. En estas piedras se halla esculpida en grandes caracteres la inscripción siguiente, idéntica en las dos:

M. AGRIPPA. L. F. COS. III. TRIB. POT. III

Que en el laconismo latino quiere decir que Marco Agripa, hijo de Lucio, consul por tercera vez y durante el tercer año de su potestad tribunicia, edificó este teatro. La fecha corresponde al año 24 an'es de J. C., puesto que Agripa fué elegido por tercera vez consul el 27.

Pero no debió quedarlo terminado y sí solo la parte de gradería y demás dependencias anejas al servicio del público. Hubo provisionalmente una parte del edificio, que tuvo que ser la escena, construida con material combustible, madera sin duda.

Dedúcese lo anterior de un fragmento de inscripción que existe en el Museo Arqueológico Nacional, procedente de este teatro, que con noticias de otros trozos publicados por varios autores, ha sido lo bastante para que el sabio epigrafista alemán Hübner, reconstituya toda la inscripción, por la que venimos en conocimiento de que este monumento fué destruido por un incendio y restaurado por el emperador Adriano (año 135).

A este emperador se debe sin duda la edificación de la escena con todo el lujo de detalles ornamentales que denuncian la presencia de los restos que están apareciendo hoy.

Hasta aquí llega solo la relación histórica con paso firme y seguro, pero desde la última fecha citada hasta el final de la dominación romana, aun cuando sin noticias muy ciertas, debemos suponer lógicamente que el edificio siguió utilizándose en el mismo objeto para que fué creado. Mas desde las postrimerías

del siglo V hasta el XVII hay una laguna inmensa, una obscuridad grande que salvar en la historia de este teatro.

Los que por los siglos medios se ocuparon algo en sus escritos de las cosas de Mérida, entre los que citamos á Miguel de Luna (Tarif Abentarique), Pedro del Corral, Pedro Medina, el moro Rasis y otros mas, nada nos dicen del estado en que se encontraban en sus épocas respectivas, los monumentos de esta ciudad. Solo Gaspar Barreiro, que escribía por el año 1547, nos dice que el teatro «tenía grandes piedras de cantería labradas». Al menos, esto ya es un dato, puesto que nos prueba que en su tiempo conservaba el edificio la sillería de que fué barbaramente desmantelado después.

Moreno de Vargas, primero que escribió una historia completa de Mérida por el año 1633, no pone gran cuidado ni demuestra mucha pericia en las descripciones que hace de la parte monumental de la ciudad; confunde lastimosamente los edificios, y al querer reseñar el teatro, le llama anfiteatro y como tal lo describe á su gusto, derrochando un lujo de erudición digno de mejor causa, en presentarnos un edificio imaginario, sin tomarse la molestia de comprobar lo que tan á mano tenía; y no sería por falta de tiempo, pues según consta, vivió en esta ciudad cerca de cincuenta años. Imperdonable es esta falta, porque en su época debían quedar aun del teatro algunos detalles, rastros visibles que en vano tal vez busquemos hoy, revolviendo sus ruinas.

Ferner y Fernández Pérez, son otros dos que historiaron á Mérida, en el siglo XVIII el primero y á principios del XIX el segundo. Uno y otro se limitan á dejarnos una relación de los monumentos que tuvo la ciudad, describiendo algunos con no mucha fortuna. Solo Ferner nos dice que en su tiempo estaba ya el teatro cubierto de tierra y sin la sillería de sus muros.

El vicio en que cayeron todos los citados, achaque ha sido de cuantos en épocas anteriores á la actual se dedicaron á escribir historia. Su misión la consideraban cumplida con recoger y reseñar solo lo que en crónicas sueltas y en narraciones andaba disperso, sin analizar mucho, por lo general, la procedencia. Por otra parte, el espíritu profundamente religioso que predominaba entonces, influía en la historia al igual que en las demás ciencias, y de aquí la gran extensión que daban á la parte sagrada, con menoscabo de la descriptiva y con la falta casi absoluta de la ar-

queología, verdadera fuente histórica, y única que, sin apasionamientos ni prejuicios, nos dice escuetamente la verdad.

Quedan, pues, dos puntos importantes que aclarar, que sintetizamos en estas dos preguntas:

Qué causa motivó la destrucción de este teatro?

¿En qué época fué destruido?

A la primera pregunta puede darse una contestación casi cierta. Este teatro ha sido destruido para el aprovechamiento de material de construcción. En efecto, dedúcese del estudio del monumento, además de las noticias que tenemos de que en el siglo XVII fué restaurado el puente con las piedras sacadas de estos edificios, que todo sillar aprovechable que han podido arrancar, se lo han llevado, y su aspecto actual, falto de las piedras que cubrían sus gradas, desde la más inferior á la más alta, como asimismo las de los muros de la escena y paramentos exteriores, dejando solo el bloque de argamasa que sirvió de relleno y que imposible de destruir con el pico, además de lo inútil de su aprovechamiento, se conserva todavía desafiando las inclemencias de los años y lo que es más destructor aun, la barbarie y estupidez de los hombres.

El ir apareciendo ahora tanta profusión de fustes, capitales, basas, frisos, cornisamentos, archivoltas y mil fragmentos más de mármol y jaspes primorosamente labrados, elementos todos decorativos y ornamentales, pero inaprovechable como material de construcción, es una prueba más de que la causa que motivó la destrucción del teatro fué el estimarlo nuestros antepasados como *rica pedrera* digna de explotarse. Esto sin perjuicio de lo que disponían unas ordenanzas de la ciudad en el año 1674 (Archivo Municipal de Mérida) que en su título 43 «prohivian la destrucción de los monumentos antiguos y sacar y quitar piedras de ellos.»

En cuanto á la época en que fué destruido, es cosa difícil de contestar. He seguido con cuidadoso interés el movimiento de escombros producidos con estas excavaciones, recogiendo restos de cerámica y de cuantos objetos pudieran dar luz para poder precisar fechas: trabajo inútil, pues han aparecido monedas, barro cocidos, tijeras, espuelas, botones, infinidad de cosas en una palabra, pero de todas las épocas, desde los romanos hasta nuestros días, todo revuelto, produciendo gran confusión y haciendo difícil poder aventurar fecha alguna. Sin otros elementos de in-

vestigación, para mí al menos, con que poder salvar la enorme distancia de trece siglos que median desde el V al XVIII, dejo sin unir estos eslabones á la cadena de mi relación histórica, para que los complete quien disponga de medios informativos é intelectuales de que yo carezco. Queda, pues, incontestada la segunda pregunta.

La tierra acumulada sobre el teatro en tan gran cantidad que alcanza la altura de cerca de ocho metros por algunos lados, obedece, segun se aprecia en los cortes del terreno, á tres causas: al cacarreo natural hacia los puntos bajos, producido por influencia atmosférica en el transcurso del tiempo; al haber sido depósito de escombros de la población, y por último, á los detritus del mismo material descompuesto.

En diversos usos se conoce por detalles encontrados, haber sido empleado el edificio; allí hay señales de haberlo utilizado como encerradero de ganados, como vivienda y hasta como lugar de enterramientos. En el centro del hemiciclo y como á dos metros del nivel del piso que ultimamente tenía, se hallaron los cimientos de una modesta edificación, una casita de un labrador á juzgar por tinajas empotradas en la tierra con restos en sus fondos de partículas de semillas, que fueron encontradas

Desde las postrimerías del siglo XVIII, nos son conocidas ya las vicisitudes sufridas por este monumento. Del riquísimo archivo municipal de Mérida y del libro de acuerdos de este concejo, entresaco del acta del 13 de Marzo de 1775, lo siguiente: «El señor Gobernador hace presente á la ciudad que dado el estado de miseria que en ella hay y falta de industrias, de agricultura y otros medios de vida, combiene lo siguiente: puesto que la ciudad conserva para la antigüedad de su memoria el famosísimo teatro construido á su salida y herepto por los romanos emperadores, segun refieren historias, cuyo admirable edificio permanece íntegro, aunque demoronado en alguna de sus partes, su medio círculo perfecto y servible y en disposición de que reparandolo y cerrandolo con otro medio círculo se forma una plaza admirable y perfecta para corridas de toros... etc.»

Y sigue este buen gobernador exponiendo al cabildo las prosperidades y bienandazas que reportaría á la ciudad la construcción de una plaza de toros, hasta acordarse por último solicitar permiso del Rey para llevarlo á efecto.

No debieron lograr fácilmente lo que se proponían, pues dos

años después, el 14 de Noviembre de 1777, vemos que insisten con su petición al Rey. pero ya dorando la píldora diciendo «que el producto de las corridas lo dedicarán á la construcción de un cuartel para mejor comodidad de la tropa y alivio del vecindario.»

Y á fines del mismo año últimamente citado, vemos que con motivo del paso por esta ciudad de la reina madre de Portugal, hermana de Carlos III, obtienen la autorización tan deseada de construir la plaza de toros «con la prohibición de no destruir nada de lo existente de la antigüedad». Y en tal destino ha continuado el teatro hasta el último tercio de la última centuria en que pasó no sé cómo á ser propiedad particular, reduciéndose á heredades «lo que antes era famoso edificio, no viéndose ya más los espectáculos de la mayor delicia de los hombres, ni más representaciones teatrales que las mutaciones de sembrar varias semillas, la lucha del gorgojo con los frutos y la carrera de las hormigas contra el grano, reduciéndose el terreno á sementera de cebada, melones y otras legumbres: *Tantum ævi loginqua valet mutare vetustas.*»

MAXIMILIANO MACÍAS.

Mérida y Abril 1911.

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

BIOGRAFIA

DE

D. JOAQUÍN CAAMAÑO Y PARDO

CORONEL-JEFE DE ARTILLERÍA DURANTE EL SITIO DE BADAJOZ

EN 1811.

Vástago insigne de una de las más nobles y poderosas casas de Galicia. Nació en la villa de El Ferrol, el 25 de Octubre de 1772, siendo sus padres el Sr. D Vicente de Caamaño y Gayoso, gran cruz de gracia de la Orden militar de San Juan de Jerusalem y Brigadier del Cuerpo de Marina; y su madre la señora doña Josefa Pardo y Coopeiro de Zela, emparentados ambos con las ilustres y antiguas casas de los Marqueses de Camarasa, Condes de Maceda, de Fefiñanes de San Román y otras.

Siglo tras siglo (*Gándara, armas y triunfos del Reino de Galicia, capítulo XVIII*), comenzando desde el XII, los brillantes hechos realizados por los varones de este insigne linaje, se destacan en la Historia patria.—Desde Rui García de Caamaño, señor de Caamaño, que casó con Ilduara Fernández de Castro, hermana de Fernán Rui de Castro, 12 Alcalde de Toledo, que casó con doña Estefanía, hija del Rey y Emperador D. Alonso III de Castilla y VIII de León, cuyo Rui García de Caamaño (primer Caamaño de que tenemos noticia), muerto en 1146 frente á los muros de Baeza, ceñido de un Escuadrón de moros que sirvió de corona á sus

merecimientos, las proezas de sus descendientes, se eslabonan, por decirlo así, al través de las distintas fases de nuestro proceso nacional formando una cadena de jamás desmerecidos prestigios, en la relación de las gloriosas tradiciones nobiliarias de Galicia.

En 1147, Fernán Pérez de Traba, al poner sitio à Almería, lleva entre sus huestes, como Capitán de la nobleza del Reino de Galicia, á un Sancho García de Caamaño; un hijo de éste toma parte en la memorable batalla de las Navas, y otro Caamaño asiste, bajo las banderas del Santo Rey D. Fernando, á la conquista de Córdoba y Sevilla.

El Trono, que representa á la Patria el mayor de los amores terrenos, y la Religión que significa la más sublime aspiración del alma, tuvieron en la casa de Caamaño guerreros y apóstoles de la eminencia y santidad del venerable beato Fray Diego José de Cádiz, dispuestos siempre á ofrendarles su sangre y su fortuna, lo mismo en los lejanos períodos de nuestra antigua grandeza, que á principios del último siglo, cuando el árbitro de los destinos de Europa profanó nuestro suelo y encendió en el seno de nuestra nación la épica guerra por la independendencia de España.

De este nobilísimo linaje descende nuestro insigne biografiado General Caamaño, al cual titula *Saralegui* en su obra—*Ferrolanos ilustres*, «Voz y verbo del honor español en la Junta de Badajoz, sitiado por el Mariscal Sault».

Dicho señor ingresó en el Real Cuerpo de Artillería como cadete el día 6 de Enero de 1785.—El 15 de Enero de 1790, fué nombrado Subteniente de dicho Real Cuerpo.

Sirvió en la primera campaña de 1793 contra los franceses, hallándose en todo el sitio y toma de Bellaguarda, en la de Tuy y en las acciones de Pontellas, de 9 y 10 de Julio, con el empleo de ayudante del Comandante de Artillería. En la instrucción y servicio de la batería de 27 piezas, el 17 del mismo mes se situó en las alturas de Canoes contra el campamento enemigo que cubría á Perpiñan. Fué empleado en la artillería aneja al destacamento mandado por el Conde de la Unión, que pasó á las inmediaciones de Villafranca para sostener la retirada de nuestras tropas, batidas en Oleta el 4 de Septiembre. Se encontró asimismo en la batalla del 22 de aquel mes, sirviendo la batería del flanco izquierdo, logrando con su fuego rechazar al enemigo, retirando cuatro piezas de á ocho y cuatro que le cogieron á éste.

En la segunda campaña de 1794, se halló en la quema del lu-

gar de Traserra, el 6 de Abril, en la función y retirada del campo de Boleau al de Figueras; en el ataque del 13 de Agosto para recuperar la fábrica de la Muga, con la artillería destinada á reforzar nuestras tropas. Nombrado teniente efectivo, se halló en la batalla y retirada del ejército de Figueras á Gerona, efectuada el 20 de dicho mes, salvando los dos cañones de á cuatro que tenía á su cargo en la altura de Somatenes.

En la tercera campaña de 1795, hizo el servicio en la vanguardia del ejército, con la artillería de á caballo, nuevamente creada; y se halló en el ataque ejecutado en la parte de Bascara, para sostener nuestra izquierda, que se empleó en el ataque y quema del campo enemigo de Sistella, en cuya acción fué mandando los cuatro cañones que se emplearon en ella. Ultimamente estuvo en las dos de 6 de Mayo y en la batalla campal de Pontós, en la que retiró cuatro piezas de artillería de á caballo que perdieron los enemigos, obteniendo por sus buenos servicios el grado inmediato.

En la campaña de 1801 contra Portugal, sirvió en el sitio y toma de la plaza de Campomayor, de Comandante del Parque. Y en Julio del siguiente año fué nombrado Capitán primero del 4.º Regimiento de Artillería.

Desde el principio de la guerra de la Independencia sirvió en el ejército de Galicia á las órdenes del General Blake. Después, en el 5.º ejército, á las de los Sres. Marqués de la Romana y Duque del Parque. Siendo presidente de la Junta Suprema el Marqués de Astorga, se le nombró por Abril de 1809 Teniente Coronel de Artillería, cuyo empleo resultaba vacante por hallarse prisionero de guerra D. Juan Munarriz.

En las acciones de Tamames, Medina del Campo, Alba de Tormes y Canta el Gallo, mandaba en todas ellas la artillería de vanguardia del Ejército, concediéndosele por la Junta Suprema, cuyo presidente era entonces el Arzobispo de Gaodicea, el grado de Coronel de Infantería, por el particular mérito contraído en la batalla de Tamames el 18 de Octubre del año 1809, en la que cogió también cinco piezas de los enemigos, en su precipitada retirada.

En la de Alba de Tormes prestó eminentes servicios, salvando la artillería que en la retirada se reunía de todas las divisiones del ejército, hasta ponerla á salvo en la Plaza de Ciudad Rodrigo, y en la de Canta el Gallo, al solo apoyo de los artilleros de á ca-

ballo, sostuvo la retirada de tres piezas, de las cuatro que mandaba en la batalla, dirigiéndose por el camino más corto à presentarse al Excmo. Sr. General en Jefe, Marqués de la Romana, en su Cuartel General.

A principios del año 1811 tenían los franceses dividido su ejército en tres grandes cuerpos, en nuestra Península, el primero en Portugal, frente las fuerzas inglesas; el segundo en Andalucía y Extremadura, y el último en las regiones de Cataluña, Aragón y Valencia.

El Mariscal Soult mandaba el segundo Cuerpo, y considerando de gran importancia apoderarse de Badajoz, ordenó al Mariscal Mortier la toma de la plaza, de la que era Gobernador el General D. Rafael Menacho, soldado de gran pecho, dice Toreno, y cuya artillería manejaba el Teniente Coronel D. Joaquin de Caamaño y Pardo.

Poblaban la ciudad de Badajoz de 11 á 12.000 habitantes, y su guarnición se componía de unos 9.000 hombres.

El 28 de Enero empezaron los franceses a abrir trincheras, para combatir los muros por varios puntos, jugando principalmente los cañones y obuses que tenían emplazados en los sitios más ventajosos.

El día 2 de Febrero intimó el General francés la rendición de la Plaza, rechazando tan cobarde proposición con gran brío el dignísimo General Menacho. Durante varios días no cesaron los ataques de los sitiadores, causando grandes estragos á las fuerzas que defendían á Badajoz, tanto dentro como en las diversas salidas que hacían, especialmente en la realizada por Mendizabal el 19 de Febrero, en la que tuvieron nuestras tropas 800 muertos y 300 prisioneros. Ganada la batalla y bloqueada la Plaza por la derecha del Guadiana, continuó Soult el sitio, redoblando sus ataques al mismo tiempo que envió un parlamentario á Menacho, intimándole, por segunda vez, la rendición, cuya propuesta se negó también á admitir el valeroso Gobernador, que con su arrojo, pericia y actividad nunca bastante elogiadas, hubiera renovado en la ciudad extremeña las glorias más insignes de aquella eternamente célebre campaña, si una bala de cañón no hubiese puesto fin á sus días el 4 de Marzo en el momento en que se hallaba observando desde el muro, una salida contra los sitiadores. Con la muerte de Menacho faltó el elemento principal de la defensa de Badajoz.

Encargóse del mando de la Plaza el Mariscal de Campo D. José de Imaz, cuando aun sus fortificaciones se mantenían en regular estado de defensa, y á pesar de esto, dice Toreno, quiso Imaz cubrir su mengua con el dictamen de varios que estuvieron por rendirse... y, al efecto, convocó Junta, en la cual, oponiéndose á la opinión de aquellos, á favor de la capitulación, se levantó la voz de Caamaño, formulando su voto en contra con toda la dignidad y la energía propias de los siglos de oro del honor español, perpetuado en las tradiciones de familia del ilustre ferrolano: «*Pruébese un asalto—dijo—ó abrámonos paso por medio de las filas enemigas*» (1), palabras que recogió la Historia como un gran recuerdo de aquella época memorable, en la que los ejemplos de abnegación y valor de nuestros mayores se producían por todas partes, con aplauso y admiración del mundo entero. La firme resolución, la actitud imperiosa y el brio de las palabras de Caamaño, pesaron, por breves instantes nada más, en el ánimo débil y apocado del General Imaz, que les prestó su asentimiento en el Consejo; pero el mismo día entregó la Plaza al enemigo, y el pundonoroso Jefe de artillería que la defendió durante el sitio, prisionero de guerra como toda la guarnición, y en el deseo de ser útil á su patria, le surgió la idea de fugarse con grave riesgo de su vida y entregado á los azares de una larga y penosa marcha, en las condiciones propias del azote de la guerra, que pesaba con especial rigor sobre aquellas provincias, llegó á Cádiz y fué nombrado Presidente de la Junta de Jefes de Artillería de la Plaza.

«La Junta Suprema de la Regencia, premió tan patriótico comportamiento de nuestro ilustre biografiado, ascendiéndolo á Brigadier de Infantería, con las honoríficas expresiones que en el Real Despacho á la letra dice:—Por cuanto atendiendo á los servicios y méritos de Vos el Coronel de mi Real Cuerpo de Artillería, y al celo y bizarría que acreditásteis en la Junta celebrada en la Plaza de Badajoz, oponiéndoo facultativa y valerosamente á su rendición con vuestro voto como Comandante de Artillería de la misma Plaza, he venido en elegiros y nombraros Brigadier de Infantería de mis Ejércitos.»

En el mes de Julio de 1812 se le confirió el mando de la Plaza

(1) Toreno, lib. XIV, pág. 31 de la Historia de nuestra gloriosa revolución.

de Alicante, en la que además de consagrar su preferente atención á combatir la peste y el hambre del soldado, puso á prueba sus altas prendas de inteligencia y celo á favor de los intereses locales, siendo objeto de las más elocuentes manifestaciones de gratitud por parte del Ayuntamiento

En 1815 le confirió S. M. el gobierno de la importante plaza de Figueras. En Octubre del mismo año fué ascendido á Mariscal de Campo, continuando de Gobernador Militar y Político de dicha plaza, hasta el 5 de Abril de 1820, que pasó de cuartel á Barcelona.

En Julio del mismo año, se le nombró Comandante General del cordón de Sanidad del Poniente.

Por Real orden de 3 de Febrero de 1824, regresó de nuevo á su antiguo Gobierno de Figueras, en donde permaneció hasta que en el año 1834 pasó de cuartel á Barcelona, y dos meses después á Madrid, donde se le confirió el mando del 2.º Cuartel Militar, de los cuatro en que estaba dividido.

Para dar una idea del noble comportamiento de Caamaño en los largos años que mandó la Plaza de Figueras, basta decir que al propio tiempo que atendía á la organización militar de la Plaza, promovió con medidas de acertada dirección el fomento de los ramos de riqueza de la jurisdicción de su mando, y emprendió y llevó á cabo importantes mejoras materiales que le granjearon el reconocimiento y el afecto del vecindario entero, traducidos en el acuerdo de la Corporación Municipal de 17 de Septiembre de 1844, por el que se dió el nombre de Caamaño á una de las calles de la villa.

Pasó después de cuartel al pueblo de su nacimiento, y amante del orden y del Gobierno de S. M. D.^a Isabel II, en todos los sucesos ocurridos hasta el 15 de Abril de 1849, en que falleció en Ferrol, nunca desmintió su lealtad hacia el Gobierno legítimo, desempeñando las comisiones y encargos que se le confiaron con el mismo celo que en toda su larga carrera había demostrado.

Descendientes en línea directa de tan ilustre patriota, son la señora D.^a María Caamaño de Barriere, distinguida esposa del General de la Armada y Ayudante de S. M. el Rey D. Joaquin Barriere, excomandante del yath Real «Giralda»; la señorita doña Mercedes Caamaño y el bizarro comandante militar del Real sitio del Pardo D. Joaquin Caamaño, á cuya galantería debemos los precedentes datos.—X.

El primer juez letrado

NOTAS OLIVENTINAS ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

II

En virtud de las reformas que la Constitución del 12 introdujo en todos los ramos de la administración pública, se separó la autoridad judicial de la gubernativa, como la ejercían los Alcaldes mayores, y aparecieron los Jueces de Letras, Letrados ó de Primera Instancia. Para este cargo, en Olivenza, fué nombrado don Pedro José Rovira, el 30 de Marzo de 1813. No se habían suavizado, ni nunca se suavizaron, sus asperezas con el Ayuntamiento Constitucional; pues este señor, intransigente con la que llamaba antipática Constitución, no reconocía los hechos consumados, ni se resignaba á perder algo de lo que, hasta las reformas, había estado sometido á su autoridad, y que todavía, á pesar de éstas, consideraba como «indiscutibles derechos», de los que no podía privarle más que el legítimo soberano. Ya en funciones la nueva corporación, daba Rovira órdenes al carcelero, para que, sin avisarle antes, no recibiera preso alguno que enviase el señor Alvarez Prieto, puesto que él, como Alcalde Mayor, era el único que mandaba en la cárcel.

El nombramiento de Juez de primera instancia á favor de don Pedro José Rovira, dice así: «... Por tanto, mando á los Alcaldes y Ayuntamiento de la villa de Olivenza, que haciendo constar vos D. Pedro Josef Rovira, que habeis prestado *el juramento*

(1) Véase el número de Enero del corriente año.

prevenido en la Constitución, según la fórmula determinada por las mismas Cortes de 9 de Octubre de 1812, ante la Audiencia del Territorio, os admitan y tengan por Juez letrado de esa villa de Olivenza y Partido, entregándoos en señal de posesión el bastón de Juez letrado, que debeis tomar, bajo de nulidad en el nombramiento, dentro de sesenta días contados desde la fecha de este título.....»

El 29 de Mayo, ó sea el día antes de vencer el plazo señalado para la toma de posesión, presentó Rovira la credencial al Ayuntamiento, que acordó suspender su ejecución hasta que hiciera constar que había prestado en la Audiencia de Cáceres, el juramento prevenido en el Real Título, de cuyo esencialísimo requisito no podía relebársele, como deseaba el interesado, según veremos, porque lo exigía dicho título, y además lo preceptuaba la Constitución. Para que cumpliera con este deber se le concedió un plazo prudencial.

Pretendía Rovira que el juramento que prestó ante el Real Acuerdo de la Audiencia de Sevilla en virtud del nombramiento de Alcalde Mayor, supliera al que debía prestar por el distinto empleo ó magistratura que se le había conferido; pero el Ayuntamiento, que legalmente y sin más explicaciones debió dar por terminado el asunto, quizás excediéndose de sus atribuciones, en sesión de 14 de Agosto de 1813, y en vista de no haber prestado Rovira el repetido juramento ante la Audiencia del Territorio, con arreglo á la fórmula determinada por las Cortes, que era lo ordenado, acordó no darle posesión «hasta que realice lo mandado por S. M.» ~~pero lo procedente era declarar nulo el nombramiento.~~

Una comisión compuesta por el regidor D. Joaquin José de Figueredo, el Procurador síndico D. José González Xá y el Escribano D. Alonso Gil. le comunicó el acuerdo, y despreciativamente contestó «que hiciesen lo que gustasen». Esta respuesta se compaginaba mal con la fineza de la Corporación Municipal al enviarle sus comisionados—pues pudo comunicar el acuerdo por escrito—y al *extirar*, en su obsequio, los mandamientos legales.

Don Pedro José Rovira no tomó posesión del cargo, porque se negó á jurar la Constitución, conducta que había de ser premiada más tarde, y tuvo que encargarse del Juzgado el Sr. Alvarez Prieto, que como alcalde aumentó sus simpatías entre el vecindario, y como juez dió pruebas de su energía, imparcialidad y

rectitud; mereciendo, que en el acta de la sesión municipal del día 29 de Diciembre de 1813, se hiciese constar la satisfacción del pueblo por su acierto en la Alcaldía y en el Juzgado de primera instancia. Cesó en estos cargos el día 1.º de Enero de 1814.

La lápida de la Constitución

III

La reacción absoluta quedó triunfante en las márgenes del Fluviá, donde Fernando VII, después del destierro, recibió los primeros homenajes de la realeza. Encarcelados y perseguidos los principales doceañistas; arrancada de las plazas públicas la lápida de la Constitución, por las bayonetas de los soldados de Elio, y por la turba multa de realistas que dió rienda suelta á sus pasiones destrozando los objetos que recordaban la gestión de los constitucionales; y declarados, por el manifiesto del 4 de Mayo de 1814, nulos y de ningún valer los decretos de las Cortes de Cádiz, volvieron todas las cosas al ser y estado en que se encontraban el año 1808. Un Real decreto del 30 de Julio de 1814 restableció los Ayuntamientos bajo la forma que tenían en aquel año, colocando nuevamente á los sujetos que fueron desposeidos por efecto de la «detestable Constitución». D. Pedro José Rovira se hizo cargo de la Alcaldía de la villa (1) el 23 de Agosto,

(1) No digo *Ciudad* porque este título no lo obtuvo Olivenza hasta el año 1858. Por indicación de D. Antonio Macedo, acordó el Ayuntamiento elevar á la Reina, por conducto del Excmo. Sr. D. Ventura Díaz, Ministro de la Gobernación y Diputado á Cortes por el distrito, una exposición suplicándole concediera á la villa el título de Ciudad.

En sesión del 4 de Marzo de 1858, se leyó la siguiente comunicación del Sr. Gobernador de la Provincia:

«El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación del Reino, con fecha 25 de Febrero próximo pasado me comunica la R. O. que sigue:

«La Reina (q. D. g.) se ha dignado expedir el R. D. siguiente:

«En consideración á las particulares circunstancias que concurren en la villa de Olivenza, Provincia de Badajoz, vengo en concederle el título de Ciudad.—Dado en Palacio á 24 de Febrero de 1858. Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de la Gobernación, Ventura Díaz. De R. O. lo comunico á V. S. para su conocimiento, el del Ayuntamiento de Olivenza, y demás efectos correspondientes.»

Y lo traslado á ese Ayuntamiento para su inteligencia y satisfacción. Dios guarde á V. S. muchos años. Badajoz 2 de Marzo de 1858. Miguel Rodríguez Guerra.»

El Secretario municipal, acompañado por dos concejales, la guardia civil y un piquete de infantería, publicó solemnemente el R. D., y para regocijo del público, entre otros festejos, se corrió por las calles un toro enmarcado.

porque el Decreto citado mandaba también que se posesionaran de la Presidencia del Ayuntamiento los Alcaldes Mayores donde los hubiese. El 22 de Mayo de 1816 presentó un Real título firmado en Palacio el día 6 de Julio del año anterior, por el que S. M. le nombraba Alcalde Mayor para que sirviese el empleo por un sexenio, á contar desde el 1 de Septiembre de 1812, «prescindiéndose del tiempo que estuvo suspenso por negarse á jurar la Constitución.»

El pueblo, que dió tan marcadas muestras de entusiasmo con motivo de la reunión de las Cortes de Cádiz, en vez de mostrarse asqueado por el trágico desenlace de la epopeya nacional, acogió alborozado el cambio de régimen, quizás temeroso de las represalias de Rovira; arrancó la lápida de la Constitución del lugar que ocupaba, y después de arrastrarla por las calles, la arrojó al pozo del Castillo. Solo el desorden que reinaba, el miedo á las persecuciones, la desconfianza y el desasosiego inseparables en circunstancias tan anormales, y la laxitud consiguiente á las grandes convulsiones, pueden explicarnos la actitud de los oliventinos, en los entonces frecuentes vaivenes de la política española. Así, no nos extrañará que, triunfante la revolución iniciada por Riego en Cabezas de San Juan, después de las tentativas de Mina, Porlier, Lacy, etc., y jurada por el Rey la Constitución promulgada por las Cortes del 12, el pueblo se congregara con igual entusiasmo el 3 de Abril de 1820 frente á la lápida de la Constitución, sobre la que, sin cubrir la inscripción, se veía, bajo dosel, el retrato de Fernando VII; escuchara con religioso silencio al Procurador síndico D. José Navarro, que con voz potente dió lectura al Decreto; festejara con repique de campanas el acontecimiento; iluminara las fachadas de las casas, y se regocijara, en fin, con novilladas y otros espectáculos que duraron tres días.

El 20 de Abril de 1822, los Comandantes de la Milicia Nacional voluntaria, D. Manuel Navarro y D. Teófilo Braulio Calisto, solicitaron permiso para hermohear la lápida, «colocando en su lugar la que se haya embutida en la pared de San Antonio.» El Ayuntamiento se mostró conforme con lo solicitado, dando la autorización correspondiente para «la colocación y construcción de la pirámide» (1).

(1) Acta de la sesión municipal de dicho día. No poseo otros detalles y por lo tanto ignoro si se realizó esta mejora.

A mediados de 1823, varios oficiales de la guarnición extrajeron la lápida que fué arrojada al pozo del Castillo el año 1814. Desde luego se pensó en trasladarla solemnemente á las Casas Consistoriales, y para acordar los detalles de la procesión cívica que había de celebrarse, se reunieron D. Pedro Tovar Lemus Pereira, Alcalde constitucional; D. Francisco Campanón, Teniente de Rey y Gobernador militar de la Plaza; D. José Ambrós, Sargento mayor de la misma; D. Manuel Martín Sincho, Capitán del Resguardo Militar de infantería de esta provincia; D. Francisco Borrallo Teniente de la Milicia nacional activa de Badajoz; D. Jacinto M.^o Aleu, Subteniente del Cuerpo nacional de Zapadores, y los concejales. El Sargento mayor de la Plaza presentó la proposición siguiente:

«1.º La lápida soy del dictámen se conduzca en unas andas, las que serán asidas por un individuo del Ayuntamiento, del Gobernador de la Plaza como autoridad militar, un individuo del Cabildo eclesiástico, un soldado del ejército permanente, otro de la milicia voluntaria de infantería y otro de la de caballería.

2.º Dichas andas irán vestidas de laurel, con una corona de lo mismo en el extremo superior de la lápida.

3.º La tropa franca de servicio formará en frente del castillo en columna de honor, la que deberá seguir detrás del Ayuntamiento; igualmente y en la forma indicada deberá hacerlo la milicia voluntaria y legal.

4.º Este acto deberá presidirlo el Ayuntamiento, acompañando á éste los caballeros oficiales de la Guarnición francos de servicio, Estado mayor de la Plaza, y demás ciudadanos y corporaciones que este ilustre Ayuntamiento convide para tan solemne acto.

5.º La carrera deberá ser por las calles del Espíritu Santo, Plaza de la Constitución, haciendo una pequeña detención en frente de la lápida para que el señor Alcalde dé los vivas de costumbre; entrará por la calle del Juez, y concluirá la procesión en las Casas Consistoriales, en donde quedará dicha lápida depositada, iluminando los balcones aquella noche.»

El Gobernador creyó oportuno que el Ayuntamiento diese conocimiento de esta ocurrencia al Sr. Jefe Político de la provincia, pero los demás opinaron que tratándose de una función cívica y patriótica estaba en las atribuciones del Ayuntamiento organizarla sin necesidad de consulta. A las seis de la tarde del 8

de Junio se verificó el traslado con arreglo al dicho programa.

En Noviembre de 1841, cumpliendo órdenes del Jefe político, inserta en el *Boletín Oficial* del 20 de igual mes y año, se puso «la inscripción de Plaza de la Constitución en lugar de la que tiene la lápida y dice Plaza de Isabel II, mudando ésta del sitio donde se halla al medio del balcón de estas Casas Consistoriales, y al efecto comisionaron al regidor D. José Melero (1)».

el retrato de Fernando VII.
IV

Cuando Rovira tomó posesión, por segunda vez, de la alcaldía, propuso al Ayuntamiento que se felicitara al Rey por la restitución al trono de sus mayores; que el Terrero se llamara «Plaza Real de Fernando VII», y que se diera encargo á D. Francisco María Riesco, Segundo Inquisidor General de la Corte, de comprar para el Municipio un retrato del Monarca. Las proposiciones de Rovira fueron aceptadas, y la Corporación Municipal se mostró espléndida en sus homenajes al deseado rey.

Entre los papeles que poseo procedentes del escribano don Alonso Gil, hay copia de un acuerdo de la Junta de Propios, que dice lo siguiente:

«En la villa de Olivenza á cinco de Noviembre de 1814, los señores que componen esta Junta de Propios, estándola celebrando según costumbre, por el Sr. Presidente se manifestó una carta del Sr. D. Francisco María Riesco, Segundo Inquisidor General de la Corte, en contestación á otra de dicho Sr. Presidente en la que á consecuencia de acuerdo del Ayuntamiento le hacía encargo de un retrato de Nuestro Amado Soberano el Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.) en la que manifiesta está encargado al pintor de Cámara de S. M. el que dice estar pronto, y que su coste es el de 2.000 reales. En su consecuencia y siendo indispensable para el mayor decoro del Ayuntamiento la colocación del indicado retrato, debían de acordar y acordaron sus señorías se pase el correspondiente abono al Depositario de Propios de esta villa de la referida suma de 2.000 reales para remitirlos á dicho señor en el ínterin remite el recibo para pasarle la correspondiente libranza para el abono en cuentas. Así por este lo acordaron y firmaron sus señorías de que yo el escribano doy fé.»

(1) Sesión 24 Noviembre 1841.

Cuando llegó el retrato se depositó en la Iglesia Parroquia matriz, y el segundo día de la Pascua de Resurrección, después de un solemne *Te-Deum*, y misa cantada y sermón, fué trasladado á las Casas Consistoriales, concurriendo á estos actos el elemento militar, civil y religioso.

El retrato de Fernando VII se colocaba en el balcón del Ayuntamiento ó en la Plaza de la Constitución los días de fiesta nacional, custodiándolo las tropas de la guarnición que hacían los honores correspondientes con salvas de tercerolas cuando no había artillería en la Plaza.

Al principio del año 1834, D. Alejandro Mayoli, Brigadier Gobernador de Olivenza, regaló los retratos de D.^a Isabel II y de su madre la Reina Gobernadora, que fueron expuestos por primera vez en el balcón de las Casas Consistoriales en el mes de Junio de dicho año, con motivo de la publicación del Estatuto Real para la convocación de las Cortes Generales del Reino.

JESÚS RINCÓN GIMÉNEZ.

Badajoz (*San Vicente*) Enero 1911.

DE LITERATURA REGIONAL

EL MAESTRO DE LAS SENTENCIAS.

A mi querido y sabio profesor de Sagrada Escritura, el M. I. Sr. don Tirso Lozano y Rubio, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz.

I

Era la primera vez que íbamos á presenciar los que estudiábamos entonces teología, unas oposiciones mayores á una prebenda vacante en la Santa Iglesia Catedral.

Prometían ser éstas muy reñidas por la calidad y el número de los opositores y hacíamos nosotros mil cálculos y cábalas sobre cada uno de los que habían de tomar parte en el concurso, hasta augurando sobre quien tenía más probabilidades de llevarse el canonicato; quien había de lucir más en las enmarañadas contras teológicas; quien resultaría más orador ó mejor comentarista en la homilia y hasta quien había de sucumbir entre las sútiles añagazas de la forma silogística, convirtiendo el estrado en *spoliarium*.

Nos creíamos nosotros entonces, en nuestras irreflexivas vanidades juveniles, tan jueces como los mismos jueces que habían de presidir aquellos torneos literarios y barajábamos con aires de suficiencia íntima los nombres de Santo Tomás y de Suárez.

Llegó por fin el día señalado, y se constituyó el Cabildo Catedral en pleno, presidido por el Obispo de la Diócesis.

Había allí cierta solemnidad augusta. Llegaban desde el claustro los perfumes del azahar, mezclados con las últimas ondas del in-

cienso, que del templo se filtraban. Los ricos tapices de la sala ondulaban suavemente y envueltos en sus amplias hopalandas y en sus moradas caperuzas, los canónigos ocupaban los escaños. Una luz opalescente se quebraba en los cristales empolvados y un Cristo de marfil abría sobre un altar sus brazos amorosos, indiferente en su agonía á todas aquellas controversias del *gay* saber teológico.

Detrás de mí asistía á los ejercicios, lápiz en ristre y una á guisa de *agenda* entre las manos, un joven periodista de provincia, de no muy flamante vestimenta y no del todo limpio el cuello almidonado, ceñido por una corbata algo raída.

Hablaba á la sazón el sustentante, exponiendo en brillante latín ciceroniano la vida de los seres en los divinos *arquetipos* y se acercó el *reporter*, preguntándome al oído, quién fuese entre todos aquellos señores de los escaños el *Maestro de las Sentencias*.

A duras penas pude contener la risa y, como ni el tiempo ni el lugar eran propicios para dar explicaciones, no se me ocurrió otra cosa que señalarle al M. I. Sr. Canónigo Maestrescuela, que caía precisamente frente á nosotros.

Quedóse él muy convencido y de ello llegó á tomar nota en la cartera, mirando antes con fijeza al presunto Pedro Lombardo.

II

Aquel *maestro de las sentencias* nos está resultando ahora un maestro incomparable; un maestro de cosas extremeñas, en el viejo arte de decir castizo y picaresco; un sociólogo eminente en los problemas regionales y un historiador aprovechado, que sabe envolver las efusiones de su alma y sus grandes raudales de doctrina en un estilo cadencioso, saturado de gracias y donaires.

Don Francisco Javier Sancho, este modesto aparecido en nuestra república literaria, ha llegado á singularizarse en pocos años, arrancando de nuestras canteras populares las añejas costumbres de la tierra, como un experto *folk-lorista*, y rumiando, como ratón de biblioteca, los viejos papeles, que dicen algo de nuestras historias inexploradas.

Javier Sancho, ha de ser el iniciador entre nosotros de una literatura peculiar, exclusivamente nuestra, como lo fuera Pereda en

la Montaña; el cantor inimitable de nuestras costumbres campesinas, de nuestros montes cubiertos de *murtas* y *charnecas*, *resalbo* y *ceborrachas*, *torviscas* y *coscojas*; el guardián de nuestras fablas seculares, con sus vocablos castizos, de pura cepa lugareña, con sus frases é idiotismos extremeños, como aquéllos que forman las líneas hermosas de *El Bellotero*, *Los Extremeños de antaño y hogaño*, *De cosas extremeñas y algo más* y en general de todos sus atrayentes cuadros de costumbres (1).

Como el autor de *Sotileza*, va siempre el sabio prebendado tras lo individual y lo concreto, le enamoran los detalles, descuida la fábula y la trama en beneficio de la descripción y del diálogo y vigoriza la lengua nacional con el dialecto de nuestra tierruca idolatrada.

Hasta en estos sus esbozos periodísticos recuerda aquellos otros cuadros inmortales con que en *La Abeja Montañesa*, de Santander, iniciara Pereda los primeros escarceos de su vocación artística, y, como éste, viene solo bebiendo en la naturaleza y en los clásicos y siguiendo con noble independencia los impulsos de su temperamento literario, sin hacer caso á los reclamos del modernismo extravagante, con sus afeites sibaríticos, con sus intemperancias coloristas, con sus románticas neurosis, sino con aquella expresión hidalga y señorial de nuestro rancio idioma castellano.

Pero así como Pereda no consiguió formar escuela, tampoco la formaría Javier Sancho.

Porque es indudable que á medida que el regionalismo político se difunde cada vez más por los rincones de la patria y flota como una evocación suprema contra la inaguantable tiranía de los poderes centrales, el regionalismo puramente literario se disipa, desgarrado por las corrientes de los progresos mundiales, que van borrando las fronteras, allanando las montañas que aislaban las regiones, desparramando ráfagas de cosmopolitismo y democracia y fundiendo las almas de los pueblos más remotos y de los más

(1) Como muestras del rico léxico regional de Javier Sancho, allá van algunas palabras; escogidas entre otras muchas, de sus escritos y que no figuran en el diccionario general de la Academia: *mindongo*, *rimera*, *chaperdo*, *tarama*, *pitara*, *capacho* (ave), *gañote* (confitura), *prestín*, *calderil*, *embozala*, *bacalón*, *jalda*, *chilralera*, *doblado* (desván), *chero*, *rollón*, *zoclo*, *coguta*, *creza*, *merchán*, *coca*, *bazquiña*, *alzapón*, *peñascazo*, *pielga*, *senara*, *igualala*, *crucero*, *espurecho*, *resolana*, *borragil*, *escarrancharse*, *mocingón*, *travesada*, *barejón*, *embarruzarse* y *desboricado*.

opuestos continentes en comunión perenne de idénticos anhelos y bienhechoras esperanzas.

Y la moda con los patrones del último figurin enrasa ya á las modestas aldeanas con los elegantes parisienses, y el agua *merveillense* refresca el cutis de las humildes lugareñas, y los recios borceguies de los mozarrones montaraces han sido suplantados por los botines de cueros curtidos en Austria, y Gómez Carrillo y Bonafoux, hacen llegar todos los días hasta los más humildes cigarrales las impresiones de la urbe, de la urbe grande, de la *ville-lumiere*, cantada por Víctor Hugo, como madre fecunda de las razas venideras, á las cuales congregará en su derredor para dictarle las leyes de un europeismo universal y de un progreso materialista y ateo.

Por eso al desaparecer aquel regionalismo vivo, son imposibles las escuelas que lo copian, y solo haciendo historia retrospectiva y desempolvando las costumbres, que pasaron, interesan aun esas escuelas, como cautiva todavía Javier Sancho con sus inspiradas sonatas extremeñas.

Tenía razón *Ganibet* al quejarse por ese afán urbanizador de las gentes, sin sentido alguno del arte, de la historia y de la tradición.

Hoy nos seducen más que nuestros cuadros populares, los lamentos de *Tchaikowski*, los ensueños de *Tolstoy*, las visiones de *Dostoiewski*, las epopeyas de *Gogol*, las ayes de *Turgueneff* y los pesimismoes de *Hartmann* y de *Nietszche*.

Aquella libertad para la musa, que pidiera hace un año Cano y Masa, es la que nos ha llevado á estos extremos con perjuicio de nuestras ninfas solariegas, de aquellas musas castellanas que, como dijo bellísimamente D. Alejandro Pidal, inspiraron los cantares de la jota aragonesa, mezclaron en los gorgeos andaluces el nombre santo de madre, dictaron los cantos de los almogárabes, encerraron el orbe en su teatro y que surjen hoy entre las mieses amarillas de sus campos, con la clámide guerrera teñida en sangre del corazón de España, arrancando las cuerdas de su lira, por no cantar lo que sienten, ni contar lo que toleran.

Pero aun dentro de este pesimismo literario, no creo, sin embargo, como ha dicho Reyes Huertas, que Extremadura no pueda tener una literatura peculiar, exclusivamente suya. Pues aunque es cierto qué á nadie convence el extremeñismo de Galán, á todos nos está convenciendo Javier Sancho, con sus cuadros extremeños. Y si nos falta el elemento primordial en las escuelas regiona-

les, que es el lenguaje, no nos falta tampoco en absoluto, ya que la riqueza de giros y aun la abundancia de vocablos genuinamente propios, que atesora nuestro idioma provinciano, suplen bastante á aquellos otros dialectos nacionales, más diversos en si mismos, por su estructura fonética, de la pura lengua castellana.

Pero ocurre que hasta ahora no ha habido ningún escritor de alma, que acometiera la empresa. Y por eso es necesario levantar sobre el pavés y saludar con entusiasmo la aparición de Javier Sancho, deseando que largos años de vida coronen dignamente estos sus primeros arrestos literarios.

Hace proximamente dos siglos, hubo un poeta inspiradísimo, natural de Jaraicejo, cuyo nombre creo que fué Francisco Sales, según le cita Barrantes en su *Aparato bibliográfico*. Yo he tenido sus obras en mis manos y las recomiendo con interés á Reyes Huertas y á todos los amantes de nuestras tradiciones populares, para que allí se convenzan de que caben en nuestra tierra los costumbristas regionales.

La verdad es que el género es difícil. Malos vientos, ha dicho D. Marcelino Menéndez Pelayo, corren hoy para esa literatura patriarcal. En realidad no hay género más difícil que la pintura de costumbres, ni otro ninguno tampoco, á que con más audacia se lleguen los aventureros literarios. Aunque en los críticos reina extraña confusión sobre la índole y límites de este modo de escribir relativamente moderno. Y no porque hayan escaseado los pintores de costumbres desde los tiempos de la comedia griega hasta nuestros días, sino porque la descripción de tipos y paisajes no era en ellos el principal asunto, apareciendo sólo como acesorio de una fábula dramática ó novelesca.

Pero el mismo afamadísimo polígrafo no declara el género imposible y hasta le señala precursores gloriosísimos en las letras españolas, empezando por Cervantes en *Rinconete y Cortadillo* y continuándose en Quevedo, Velez de Guevara, Gracián, Ramón de la Cruz, Fernán Caballero y en el dulce y candoroso Trueba.

III

Pero ya hemos dicho más arriba que el *magister sententiarum* del *reporter* no resulta sólo un maestro incomparable en las cosas extremeñas y en el viejo arte de decir castizo y picaresco,

sino también un sociólogo eminente en los problemas regionales.

Hoy ya es moda el traer á la colada lo mismo en filosofía que en historia, en literatura que en religión, esos conflictos entre burgueses y proletarios, esa lucha de clases, que pesa sobre nosotros. No se va una vez al Ateneo, ni se escucha un solo sermón, ni se hojea cualquier revista ó folleto, sin que, más ó menos de cerca, nos digan algo de esas cuestiones palpitantes.

Si desgraciadamente no respondiera esa alarma á una realidad terrible, sería cosa de reirse de ese tópico obligado en unos problemas tan movidos. Pero realmente esos problemas se imponen aun en aquellos países que parecen más democráticos. Las pasadas explosiones del barrio de *Moabit* en la capital de Alemania y la caza de los anarquistas de *Houndsditch*, en la populosa Londres, lo ponen bien de manifiesto.

El catolicismo, que aun desde el punto de vista natural y humano, y hasta como sistema filosófico, tiene para esos problemas soluciones admirables, dejóse escuchar por boca de León XIII, en su maravillosa encíclica *de conditione opificum*. Ketteler en Alemania llegó á encauzar las invasiones de la democracia; Gibbóns é Ireland en Norte-América defendieron la causa de los *Caballeros del Trabajo*; en los muelles del Támesis surgió un día la mágica figura del Cardenal *Manning* y en las costas africanas la del gran Lavigerie, abogando el primero por los obreros de los *docks* y clamando el segundo contra la esclavitud. Y recientemente el Arzobispo de París, *M. Amette*, ha sido el paladín de los panaderos nocturnos, bajo el gobierno socialista de la republicana Francia.

Sí, esos problemas se imponen y no hay que buscar la solución en esos pensadores sociológicos, que abruma con tesis y corolarios, cuando la cuenta de la vieja suele ser más provechosa en estos casos.

Y la cuenta de la vieja es la que nos echa elocuentemente Javier Sancho, al tocar, con su gracejo natural, y con su filosofía honda, y con su decir gracioso y ocurrente, las relaciones entre los ricos y los pobres de las comarcas extremeñas.

La desamortización y el absentismo, como causa de las miserias proletarias en los campos de su tierra, y la modificación del latifundio sin perjuicio del derecho y en beneficio del pobre, están soberanamente expuestos en los escritos de Javier Sancho, cargados todos ellos de ese humorismo insinuante, que nos obliga á soltar la risa con frecuencia, para contener las lágrimas, que pugnan por

salir ante aquellos rasgos acentuados de melancólicas tristezas.

Tratar de abordar estos conflictos en los campos extremeños con los libros de *Marx* ó *Kropotkine* es la mayor de las utopias. Hay que abordarlos así, como lo hace Javier Sancho, detallando hasta el importe de la sal y del vinagre que se consumen en la casa de los pobres. Y hay que abordarlos muy pronto, dice él, «si no queremos vernos envueltos en terribles sacudidas que, si por ahora y en algunos años, se manifestaron en trastornos locales, cuando las gentes, que no comen, así debe decirse, azuzadas por elementos extraños, se organicen, será toda Europa una inmensa hoguera. Si desde fines del siglo diez y ocho y todo el diez y nueve, se han vertido torrentes de sangre para conseguir libertades políticas, escritas sólo en el papel, ¿qué sucederá en el siglo actual, cuando la gran muchedumbre obrera se apreste y organice, no para pedir el derecho á intervenir en las funciones del Estado, sino á conseguir y asegurar el pan nuestro de cada día?»

¡Y con qué ternura y qué poesía añora él la edad de oro de nuestra noble Extremadura! ¡Y con qué crudo realismo y elocuente desnudez la compara con la edad porque ahora pasa!

«Han pasado ya bastantes lustros, dice él. El castillo del señor de la villa está arruinado y suprimido el señorío. Ya no se pagan diezmos ni primicias ni el cabezón de alcabalas á S. M. Católica. Ya los vecinos no tienen encinas donde engordar sus matanzas, que pringaban todas las casas, ni machos para guisar calderetas picantes, que ensuciaban el estómago. Pero en cambio los españoles de hoy, sin privilegios humillantes, nombramos libremente nuestros representantes en Cortes, nuestros alcaldes y concejales. Tenemos nuestras casas más limpias que el oro, que no sabemos que color tiene, para recibir la visita de innumerables agentes ejecutivos, que nos han vendido hasta los clavos. Podemos con entera libertad pasear nuestros andrajos por las calles, tomar el fresco todas las mañanas en las plazas y pasear el resto del día sentados á la resolana, tocando la vihuela, porque *cette democratique Espagne la est bien viva*. Y más alegre que unas castañuelas.»

IV

Hace ya años también que el laborioso Maestrescuela de la Ca-

tedral pacense nos anuncia una monografía histórica de su *Higuerita* inolvidable.

Como muestras afiligranadas de lo que ha de ser el libro, nos ha servido ya en *Archivo* algunos retazos valiosísimos, de una urdimbre impenetrable; una investigación curiosa sobre el castillo de Higuerita de Vargas, que pasma por lo ingeniosa y sorprende por la absoluta precisión de los datos aportados.

Y de subidos quilates histórico-regionales resulta aquel estudio concienzudo de extremeños y serranos, de aquel honrado Concejo de la Mesta, tan famoso en los anales de nuestra ganadería trashumante.

Sobre el convento de Moncanche, también quiero yo decir á Javier Sancho, para que lo pase á sus apuntes, que el rey D. Felipe IV, en una real cédula, fechada en 16 de Mayo de 1654, «por cuanto por parte del Concejo, Justicia y Regimiento de la villa de Almendralejo, que era de la Orden de Santiago, del cura y clero de dicha villa y de D. Fernando Nieto, vecino de ella, y así mismo del Procurador General de los Descalzos de la observancia de San Francisco, de la provincia de San Gabriel en Extremadura, le fué hecha relación, que el año de mil seiscientos, la Religión del Carmen *Descalzos*, y la dicha villa obtuvieron licencia para fundar en ella un convento de aquel orden, en aumento del culto divino, confesiones y predicación, señalándoles él su ermita de N. S. de la Piedad y que aunque en virtud de ella tomaron posesión, no había tenido efecto la dicha fundación, por no haberse ajustado algunos capítulos tocantes á la conveniencia de las partes, y respecto de la mucha falta que en dicha villa hacía un convento de religiosos, por no haberlo en ella, y que era necesario traerlos de fuera y tenerlos la mayor parte del año con celo del mayor aumento del culto divino, tenían tratado que se trasladase á la dicha villa de Almendralejo, el que se intitulaba Ntra. Sra. de la Luz, de la dicha orden de San Francisco, fundado en *la villa de Moncanche*, que era uno de los que deshizo el *revelde* de Portugal el año de 1652, en lugar del que estaba concedido de Carmelitas Descalzos, suplicándole se fuese servido de dar licencia para la dicha traslación y subrogación por el bien, que de ello se seguía», así lo hizo otorgando su real licencia, para el traslado del Convento de la Luz á la ermita de Ntra. Sra. de la Piedad.

Como en el documento transcripto se habla, no simplemente del Convento, sino también de *la villa de Moncanche*, ya otro día nos

dirá Javier Sancho, si realmente existió la dicha villa, de la cual no nos dice una palabra en la relación que del Convento nos ha hecho, y si es capaz de averiguarlo, el por qué no tuvo lugar la traslación á la Piedad, sino á sitio muy distinto, aunque sí en la misma villa de los almendros.

V

Todas las mañanas, al repique abacial y solemne de la misa mayor, salgo yo de mi parroquia lugareña, que tiene por torre y campanil una almenada y ruidosa fortaleza de templarios, por una puerta semi-gótica, de jambas recias y hojas claveteadas, coronadas por un arco desigual.

Allá, á lo lejos, remontando la albura del lindo caserío, cuelga un pedazo de cielo muy azul, que parece soldarse á la verdura de una campiña pintoresca en una franja oscura de olivares y en los picachos cenicientos de las sierras, bruñidos entonces por el sol.

Atrás, en el templo, flotan, como un oceano de místicas ideas, las nubes plumizas del incienso, las últimas fermatas rituales, los tímidos fulgores de las lámparas de plata, las notas postreras del viejo antifonario. Y se quedan leyendo en sus libros, eternamente abiertos, aquellos santos del retablo, silenciosos, adustos, inmovibles, bajo churriguerescas hornacinas, orladas de racimos y hojarascas, sobre cornisas dislocadas y pedrinas á granel.

Enfrente, la plaza del pueblo se extiende con los mil ruidos diferentes, que la animan á esas horas. La cruzan vendedores ambulantes y mozonas que vuelven de la fuente, modestos labradores y yuntas cargadas con aperos. Se escucha el fuerte machaqueo del albeitar forjando los herrajes en el yunque, acompasando á sus golpes los pasos menuditos de algunas mujeres enlutadas, envueltas en amplios y plegados velos negros, que, recogidas y devotas, se dirigen á la misa conventual.

Y muchas veces me vienen á la memoria los cuadros extremeños de Javier Sancho, esos cuadros que desearía yo ver coleccionados en un libro y difundidos por toda Extremadura, porque en ellos palpita el alma humilde de la raza, que de estos campos soleados se engolfó un día en ligeras carabelas, para escribir allende los mares con su copiosa y pura sangre las rudas estrofas de nuestro poema colonial, dejando, entre las verdes espesuras de sus en-

cinas centenarias, sus cabañas familiares, sus venerandos eremitorios, sus cementerios campestres y aquella vida patriarcal de *dulces y melodiosas saudades*, que inmortaliza Javier Sancho en las soberbias pinceladas y en los vigorosos trazos, henchidos de color, de sus acuarelas literarias.

Al rendir al ilustre publicista y distinguido polígrafo este pequeño testimonio de mi admiración sincera y entusiasta, no puedo menos de lamentar que tan tarde haya llegado á la palestra de las letras y que no le secunden, en plena juventud, otros muchos cultísimos sacerdotes extremeños, perdidos en aldeas y lugares, en cuya apacible soledad hay siempre un ambiente tan propicio para el cultivo del arte y para el ejercicio de la péñola.

MARCOS SUÁREZ MURILLO,

Pbro.

Aceuchal, Mayo de 1911.

UNA CARTA

Sr. D. Francisco Franco y Lozano.

Muy estimado amigo: «Más vale tarde que nunca», dice el vulgar adagio; y con él debo empezar esta carta. Así trataré de hallar disculpa á mi morosidad, en cumplir la promesa que ha tanto tiempo le tengo hecha, de enviarle unos renglones para ARCHIVO EXTREMEÑO.

Falta de salud y sobra de quehaceres, son desde hace tiempo, mis grandes enemigos, que sujetan la voluntad y que me impiden en muchas ocasiones satisfacer mis mejores anhelos. Que los míos por complacerle son muy sinceros, no quisiera yo que lo dudase; antes bien, que de ellos se persuadiera, y echase la culpa de mi silencio á los achaques inherentes á los años y á la falta de bríos tan necesarios hoy para poder acudir á ocupaciones ineludibles.

Dicho é to, en descargo de mi conciencia, voy á copiar á usted una curiosa noticia reveladora de las costumbres de antaño, que de cierto, habrá de regocijará nuestros *espíritus fuertes*, y á nuestros *superhombres*, los cuales, si por acaso llegan á leerla, reirán á mandíbula batiente, con el soberano desdén que les inspiran tales antiguallas.

Regía en 1657 la Silla metropolitana hispalense el Cardenal D. Fr. Pedro de Tapia, varón de inestimables prendas, que unió la sabiduría á la virtud, y la humildad y modestia al celo por la religión y al ejercicio de la caridad, sin olvidar el mejoramiento de las costumbres de sus diocesanos, como lo acreditan los muchos Edictos que publicó durante su pontificado, entre los cuales, por curioso, citaré á V. uno que revela su celo en evitación de excesos perjudiciales á la sana moral. Tres meses antes de morir, en 4 de

Junio del citado año de 1657 (falleció en 25 de Agosto) expidió el siguiente:

«Por delación de muchas personas zelosas, pías y de autoridad, con gran dolor de nuestro ánimo ha venido á nuestra noticia que los çapateros desta ciudad de Sevilla y de las demás ciudades villas y lugares deste Arçobispado, calçan inmediatamente por sus manos á las mujeres en sus casas y en las casas y tiendas dellos, con poco temor de Dios, despreciando el grave y proximo peligro de la castidad con notorio escándalo. Por tanto, deseando el bien espiritual de nuestros súbditos, y librarlos de semejante peligro y evitar abusos y corruptela tan perniciosa: Ordenamos y mandamos que de aquí adelante ningun çapatero oficial ni aprendiz, ni otro hombre alguno, de qualquier estado y calidad que sea, calçe ni ayude á calçar çapatos ni otro algún género de calçado, á mujer alguna, de qualquier estado, calidad y condición que sea, en sus casas ni en las tiendas y casas dellos, ni en otra casa, parte ó lugar alguno, ni las mujeres consientan, ni permitan dexarse calçar de dichos çapateros..... so pena de excomunió mayor *latæ sententiæ trina canonica monitione præmissa*, conque luego los damos por incursos y diez mil maravedis en que les damos por condenados..... &»

Leido lo antecedente, dígame V. si el tal *Edicto* no ha de despertar la hilaridad de los superhombres, que contemplan sin la menor extrañeza las artísticas exhibiciones de nuestros Salones-conciertos, las cintas cinematográficas, que enrojecerían á un sargento de dragones, ó que escuchan con agrado los más groseros insultos á la moral y á las que antaño llamábanse *buenas costumbres*.

Sin embargo, tal menosprecio no me ha detenido para dejar ignorado el que juzgo dato curioso de antaño, pues estimo más plausible la conducta del venerable Arzobispo sevillano, que la de los que contribuyen á la perversión de las costumbres autorizando los mayores desenfrenos.

Y basta por hoy, amigo D. Francisco. Si V. lo juzga oportuno, seré muy honrado al ver en la Revista estos renglones, que cumpliendo ya vieja oferta, tiene el gusto de remitirle su afectísimo amigo q. l. b. l. m.,

J. GESTOSO.

Sevilla 14 de Julio de 1911.

DE LOS JUEGOS FLORALES DE BADAJOZ.
PRIMER CENTENARIO DE LA BATALLA DE LA ALBUERA.

TROVA DE AMOR

PREMIADA CON LA FLOR NATURAL.

Caballero votado á la belleza,
soy un viejo juglar que sobrevive
á otro tiempo de honor y gentileza,
y de aquel tiempo inspiración recibe.
Pertenezco á una raza de amadores
creyentes en la gaya poesía
y hermano soy de aquellos trovadores
que salvaron del mundo la alegría.
Marcho, cual ellos, por la tierra ingrata,
llevando en mis cantares mi contento,
y el amor que me alienta y que me mata,
les dá perfume y á mi voz acento.
Juguete de mis propias ilusiones,
arranco libres notas á mi lira.
Como al bardo inmortal, en mis canciones,
«solo mi ardiente corazón me inspira.»
Rancio español, por escribir me afano
el *román paladino* de Berceo
fuerte como el acero toledano,
dulce como de un niño el balbuceo.

Busco á mis versos el viril lenguaje
que habló Castilla clásico y sonoro.
Ni los visto retórico ropaje
ni con léxico extraño los desdoro.
Hijo soy de la tierra castellana,
y en mi retina su aridez perdura.
Siento, más que la gracia cortesana,
la santa austeridad de la llanura.
Ansioso busco en olvidadas gestas
membranzas de mi estirpe hidalga y fuerte,
galante con las damas en las fiestas,
con los hombres ceñuda ante la muerte.
No sé cantar la furia despiadada
en que se asientan las marciales glorias;
y más que los combates de la Iliada
me conmueven de Dido las memorias.
Por eso acudo con la ofrenda mía
á la fiesta del arte y la hermosura,
y á la Reina de amor y galanía
ofrezco de mis rimas la ternura.
Ante ella, reverente, la rodilla
doblo, acatando su gentil realeza,
cortesano de un trono donde brilla
la augusta majestad de la belleza.
Vuestro permiso balbuciente implora
para decir sus versos, temeroso,
quien no aprendió, jamás, bella señora,
el lenguaje que agrada al poderoso.
En un códice viejo y carcomido,
parte quizás de antiguo romancero,
este caso de amor ví referido
y este caso de amor contaros quiero.

En el patio del castillo
se escuchan voces y risa.
Con sus damas y sus pajes
va la castellana altiva.
El señor se fué de caza,
de caza de cetrería,
y ella su pesar distrae,
ella su fastidio alivia

del trovador escuchando
los romances y cantigas.

—Canta juglar, diz la dama,
de luchas con la morisma
ó cuenta casos de amores
de las princesas cautivas.

—Yo cantaré, el juglar dijo,
una trova bien polida.

Y ansí comenzó á cantar
al compás de la su cítara:

Erase un muy fuerte rey
frontero de Morería,
señor de muchos castillos
y mesnadas aguerridas;
en la batalla el primero
y el postrero en la fuída,
rico, de grandes tesoros,
y mestre de juglaría:
sabidor de toda esciencia
de ánima caritativa.

Determinó de casar
á la princesa su fija,
magüer ella non quisiese,
que amor la encontraba esquiva.

Un disanto en el castillo
muchedumbre grande había
de donceles que á la infanta
por esposa pretendía.

Tres garzones entre todos
agradaban á la niña.

Dícela su padre el rey
que uno entre los tres elija.

—Yo non se cuál elegir,
contesta la princesita;
magüer vea su semblante,
su ánima verles querría.

Díceles el rey entonces
que fablen á la su fija.

Era el uno un gran guerrero
y ansí fabló con la niña.

—Yo, al frente de mi mesnada,
con tus armas por divisa,
levantada la visera,
en mis ojos la hidalguía,
y el tu nombre pronunciando,
fui terror de la morisma.

Mirábale falaguera
la inocente princesita,
que se folgaba de ver
á su hermosura rendida
la fortedumbre y braveza,
mas nada dijo la niña.

Fablóle el segundo así:

—Princesita, princesita,
si tu premiases mi amor,
mil dones te ofrecería,
non de hombres que á mi servicio,
á la batalla me sigan,
ni riqueza de dineros,
ni campos ni pedrería.

No son tales mis tesoros
princesita, princesita.

Yo te ofrezco mucho más,
te ofrezco mi poesía
y mis trovas te daré,
el regalo de la vida
Rie la niña halagada,
con dulce mirar le mira;
mas no le fabla tampoco
su voluntad non rendida.

Llegó á fablarla el tercero,
bello más que el mediodía,
astilado y muy gentil,
la su cara muy aflitta.
Que es romero, bien lo dicen
su ropon y palmería.

En la broncha, por joyel,
luce una gran amatista.

—Yo no puedo pretenderte
diz acuitado á la niña,



magüer me acucien las ansias
 de alegrar mi triste vida,
 A mí, que nunca fuí amado,
 amarme tu non podrías.
 Nada tengo que ofrecerte
 si no es mi gran amicicia.
 Triste amicicia de pobre
 que más enoja que alivia.
 Peregrino por el mundo,
 fasta que fique sin vida:
 y, si miro á la belleza,
 la belleza non me mira.
 Yo, siempre muy homildoso,
 á fablarte non vendría,
 si non es para decirte
 que sin rencores ni envidias
 á Dios ante su sepulcro,
 rogaré por la tu dicha.
 Muy atristada escuchóle
 la princesa y compasiva,
 y con este sí fabló;
 mas non sé que hablarían.
 Calló el juglar y las damas
 quedáronse pensativas.

—¿Non dice la antigua trova
 con quien el rey casaría
 á la princesa juglar?
 diz la castellana altiva.

—El que me dijo la trova
 más del caso non sabía.
 ¿Y vos á cuál eligierades,
 mi castellana divina?

—Yo al garzón que en el combate
 con mis armas por divisa,
 la visera levantada,
 y en sus ojos la hidalguía,
 el mi nombre pronunciando
 fué terror de la morisma.
 Fuerte sois diz el juglar
 Y vos tierna doncellica

que suspirábais oyendo,
mi laud y mis cantigas,
decid, ¿á cuál eligieredes?
Yo al mestre de juglaría
dijo, mirando al juglar,
ruborizada la niña.

—Eres sabia. Y vos fermosa,
la de la tierna sonrisa,
la de palidez de lirio
la de mirada dulcísima
¿á quien, á quien eligieredes?
Alzó del suelo la vista,
lanzó del pecho un suspiro,
y así repuso la niña:

—Yo al romero que lloró
soledades de su vida,
el que non fué nunca amado,
con mi amor consolaría

—¡Tu eres buena!, el juglar dijo.
¡Yo que llagado de heridas
que me ficieron los hombres!,
soledades de mi vida
lloré sin ser consolado;
yo que entoné mis cantigas
por alcázares y chozas;
yo, que vencí á la morisma,
yo, peregrino de amor,
á ti mi amor te daría!

—
Y este es el caso que encontré, escondido
en un códice viejo y olvidado.
¿Vosotras, quién hubiérais elegido
si á vosotras hubieran consultado?

LUIS BARDAJÍ.

DE LOS JUEGOS FLORALES DE BADAJOZ.
PRIMER CENTENARIO DE LA BATALLA DE LA ALBUERA.

TRABAJO HISTÓRICO

QUE SINTETIZA

LA IMPORTANTE COOPERACIÓN DE LOS GUERRILLEROS EN CAMPAÑA,
DE LA FRONTERA PORTUGUESA,

EN LA BIOGRAFÍA DEL MAS IMPORTANTE

DON JULIAN SÁNCHEZ (A) EL CHARRO

Premiado al tema 11 del programa de dichos Juegos Florales (1).

Enclavado en la provincia de Salamanca, pero ya en los límites de la de Zamora, existe un pueblecillo correspondiente al partido judicial de Ledesma, llamado Santiz, cuna de D. Julián Sánchez, apellidado «El Charro». Dada la índole de éste folleto, no nos parece oportuno detenernos en la infancia de este bravo guerrillero, que no aporta dato alguno relacionado con sus posteriores campañas, razón por la cual, sólo agregaremos que nació en la segunda mitad del siglo XVIII y que á edad oportuna sir-

(1) «Al mejor trabajo histórico que sintetice la importante cooperación de los guerrilleros en la campaña de la frontera portuguesa, en la biografía del mas importante de ellos, D. Juan Sánchez (a) «El Charro».

vió á su patria en el Regimiento de Mallorca, de donde al fin se licenció, no sin dejar en aquel cuerpo grato recuerdo por sus excelentes prendas de carácter y por su indomable valor.

Retirado se encontraba en su pueblo natal, dedicado á manejar la hacienda de la casa solariega, cuando en los principios de la guerra de la Independencia, pisaron las huestes francesas la villa de Santiz.

Hablan los historiadores de una hermana del bravo caudillo, que unos la dán por matada por las fuerzas napoleónicas y otros por ultrajada en su honra, habiendo quien asegura que después de afrentada, recibió muerte también.

Don Julián, que pasaba más tiempo en el campo que en la aldea, dedicado á la guarda del ganado bravío, tan pronto como tuvo noticia de su triple desgracia, juró venganza, prometiendo hacer *guerra* sangrienta hasta morir, al infame extranjero que holló su albergue.

Su excelente trato, su simpatía en la comarca, unido al odio que el francés á su paso inspiraba, fué causa de que al recorrer el partido de Ledesma y más tarde los de Alba de Tormes, Sequeros, Bejar, Ciudad-Rodrigo, Vitigudino y Peñaranda, encontrase en ellos bravos y arriesgados salmantinos, que unos por vengar ofensas recibidas de las huestes extranjeras, otros por amor á su patria, y otros por cariño *al Charro*, le siguieron en su heroica empresa.

Heroica empresa era la del guerrillero que juntando próximamente doscientos secuaces, emprendía la guerra contra los mariscales franceses. Heroica empresa era la de un ciudadano que tranquilo en su país, sin más cuidado que velar por aquellos que constituían su cariño, se lanzaba al monte al frente de un puñado de arriesgados campesinos para hacer pagar al águila imperial las fechorías que anteriormente cometiera.

Dice un historiador que nuestro biografiado era hombre de alta estatura, de pelo rubio, de ojos azules, de rostro ovalado, de unas fuerzas extraordinarias, y que acostumbrado á manejar la garrocha en el campo, pues había sido mayoral de una de las primeras toradas de la provincia, su golpe era seguro.

Así, D. Julián, como ya decimos, recorrió la comarca, y sus paisanos, compañeros y amigos se ofrecieron espontáneamente á ayudarle en su empresa. Los ganaderos todos de Salamanca le ofrecieron su más decidido apoyo; los hacendados entregáronle al-

gunas sumas y recogiendo en una aldea dos mozos, en otra cuatro, más allá caballerías, y acullá armas, formó una partida de 200 garrocheros, por ser la pica el arma dominante de la partida, garrocheros que fueron la desesperación de Massena y el constante desvele del General Marchand.

Un ejército subordinado, unos soldados con perfecta disciplina, mucho tendrían que aprender de la disciplina y subordinación que el bravo guerrillero que nos ocupa supo infundir en los suyos. Don Julián, así llamado por sus partidarios, inspiraba á la vez respeto y simpatía. Hombre de caracter enérgico al par que bondadoso, difiere del Empecinado en su modestia, que le hizo rechazar las gracias con que quisieron recompensarle; del cura Merino, en que este feroz guerrillero llegó á ser temido más que respetado por su ferocidad insaciable, y de Mina, aquel Mina que llegó á mandar una División del 7.º Ejército, en la dureza inflexible con que castigaba la menor condescendencia con el enemigo, en los pueblos que atravesaba.

Don Julián Sánchez (a) el Charro, no tenía punto de comparación con estos guerrilleros, no; D. Julián, como decimos, era simpático, querido por cuantos le seguían, adorado en los pueblos porque atravesaba, tanto de la tierra salmantina como de la zamorana, á la que llegó en sus correrías. D. Julián Sanchez tenía fama de galante con las mujeres, fino en su trato, ocurrente en su conversación, pero severo con el que delinquiese.

Juan Martín, en las márgenes del Duer o; Merino y Palarea en Castilla; Mina, Porlier, Jáuregui y Longa en el pais vasco-navarro, Santander y Asturias; el capuchino que apresó al General Franceschi; el Fraile Chaleco, Dospelos, el Pastor, el Mantequero, el viejo de Seseña, el Bolsero, el Caracol, Camisilla, el Pinto y Bocamorteros, guerrilleros son todos, y ninguno alcanzó la popularidad de D. Julián Sánchez.

Más tarde hemos de citar diversos hechos de aquellos lanceros que en la provincia de Salamanca eran tenidos por seres sobrenaturales, fama adquirida por sus innumerables actos de valor y audacia, por lo que no es extraño que la masa popular dedicara á Sánchez y sus garrocheros cantinelas como las que siguen:

Cuando D. Julián Sánchez
monta á caballo,
se dicen los franceses

ya viene el diablo.
Ea, ea, ea,
ea, ea, ch,
es un lancerito
que me viene á ver;
él me quiere mucho
yo le quiero á él.

Es mi novio un lancero
de Don Julián,
si él me quiere mucho
yo le quiero más.
El corazón me lleva
puesto en la lanza,
que vivan los lanceros
y muera Francia.

Don Julián, tus lanceros
parecen soles,
con mangas encarnadas
en los marriones

Un lancero me lleva
puesta en su lanza.
¿Si querrá que yo vaya
con él á Francia?

Andamos por los montes
despedazando
águilas imperiales
que van volando.

Por los anteriores versos puede colegirse la aureola de gloria que á D. Julián y sus lanceros daban en la región que les había visto nacer, y por eso no es de extrañar que en los pueblos y á escondidas de los invasores, se confeccionasen uniformes para la gente de D. Julián y que sus heridos se cuidasen en las villas y aldeas, aun ocupadas á veces por los franceses.

Don Julián había reunido sus garrocheros, que fueron aumentando en número á su paso por las ciudades y pueblos y convirtiendo

el monte en guarida; las rocas de las montañas en aspilleras, los desfiladeros más impenetrables en depósito de municiones y los pueblos en espionaje, que daban á los garrocheros cuantas noticias del enemigo se conocían.

Así empezó D. Julián aquella serie de escaramuzas, aquellas innumerables correrías que tenían por objeto cortar la comunicación con la línea de Torres Vedras, cayendo de improviso sobre las pequeñas partidas francesas, interceptando correos, y haciendo con sus escasas fuerzas distraer á los franceses de las suyas algunas veces fuertes columnas.

En cuanto á la partida de D. Julián, se distinguió casi siempre de la demás, porque usaban unos morriones con colgante triangular encarnado y porque la garrocha fué al principio el arma de combate; pero para pintar á estos hombres con más exactitud, si bien el retrato se refiere al tipo general de guerrillero, es preciso conocer los versos (que no pueden ser precisamente citados como modelo de la forma poética) que en la fiesta que en el teatro del Príncipe se celebró en Madrid con motivo de los augustos enlaces SS. MM. y AA. en 1816, leyó el poeta Don B. M. B.

Dicen así:

«Ha sido admiración de las naciones
esta clase de nuevos campeones.
Apenas se apellida la defensa
de la nación, y como nube densa
por todas partes extenderse vemos
inmemorables hombres, que sabemos
quiénes son y que existen solamente
porque abrazan empresa tan valiente.
Salen á la palestra unos y otros
ya en caballos, ya en yeguas, ó ya en potros:
cada cual con lo que tiene ó pilla
equipan con albarda si no hay silla,
y si no hay brida, cabezón ó freno,
una soga ó cordel para ello es bueno.
Si los estribos faltan, no por esto
ellos se apuran; hácenlos muy presto
de cualquiera tomiza allí pendiente,
y hete aquí ya un militar valiente.
Cual se arma de una espada aunque roñosa,

cual de lanza, pistola ó cualquier cosa;
lo cierto es que todos á campaña
salen según les industrió su maña.
Ya la caballería la tenemos
á punto de batirse; ahora pasemos
á revistar la fuerte infantería
que la vamos á hallar por vida mía
al poco más ó menos tan brillante,
aunque en verdad no menos arrogante.
No hablemos de uniformes ni sombreros,
ni si al pronto se hallarán los ganaderos
con grandes gorras; mas el tiempo andando,
ya se irán todos ellos equipando
de lo que atrapen con su mano airada
á la tropa invencible y más reglada.
Uno viste polaina, otro chaqueta,
uno lienzo, otro paño, otro bayeta,
qual gorro, qual chambergo, qual montera,
qual alpargata su calzado era.
Este lleva fusil, este afilado
un largo chuzo lleva preparado,
otro de su escopeta se arma fiero
y otro de un gran trabuco naranjero.
Los grandes Mari cales que esto advierten,
dicen: estas campañas nos divierten.
¡Ah que engañados viven los guerreros,
pues los Empecinados, por oteros,
por sendas y barrancos van burlando
á la columna si les van buscando;
y quando esta presume fulminante
darles un fuerte ataque por delante,
advierte descargar la granizada
por la espalda, quedando ella burlada;
pues quando á conjurar va aquella nube,
á la montaña ve que se les sube.
¿Qué diantres es aquesto? ¿en donde estamos?
Si la paz y quietud les predicamos,
maldito el caso que hacen... Los rigores
más y más los excita á sus furores;
nosotros en mil partes les seguimos

y si uno muere, solo conseguimos que el número se aumente cada día; no hay quien entienda tal algarabía. Andar, si les hacemos, como locos, mas de nosotros quedaremos pocos. Ganamos una plaza, y dicen luego con mucha calma, eso ¿qué importa? Fuego, qué testarudos son y qué indomables, mas son por su caracter apreciables. En fin, con esa gente no pudieron carrera alguna hacer por más que hicieron. En desierto, en poblado, noche y día en un pié como grullas les tenía esta clase de duendes nunca vistos que sin cesar les hizo andar muy listos. Lo cierto es que nuestros campeones les distraxeron siempre sus legiones; y que quando apurados más estaban la justa causa defender juraban, y entre votos y ternos maldecian unos huéspedes tales, y decian «Compadre, aunque viniese el mundo entero los hemos de aburrir á ellos primero: y serán libres, pésele al demonio, Fernando, Carlos y el amable Antonio

II

Preciso se nos hace dar una ligera idea del pais que Don Julián y sus lanceros eligieron para teatro de sus correrías, si queremos darnos cabal cuenta de ellas.

Las elevadas sierras de *Bejar, Gata y Francia*, que forman parte de la cordillera *Carpeto-Vetónica*, dan lugar en la parte meridional de la provincia á una región montuosa que mas tarde concluye en dilatados vallés y grandes mesetas llanas y escalonadas, conforme las estribaciones se acercan á las márgenes del *Tormes* y del *Duero*.

La frontera portuguesa por la parte Norte del vecino reino viene inclinándose en su terminación septentrional hacia el Sur, para tras

una curva cóncava por el lado de España, alcanzar al Duero frente á *Castro-Ladrones*. Desde este punto la margen derecha del río es portuguesa y la izquierda española, con dirección perfecta hacia el S. O. entre las sierras de *Reboredo* y *Mogadouro* y las estribaciones españolas de la sierra de *Ciudad-Rodrigo*.

Pasado *Fregeneda*, el límite de las dos potencias, deja el río *Duero* para alcanzar al *Agueda* que es internacional hasta su confluencia con el *Turones*, dejando este río á su izquierda la importante plaza fuerte portuguesa de *Almeida* y á su derecha la nuestra de *Ciudad-Rodrigo*.

Sigue la frontera por *Turones* hasta su nacimiento, corre por un pequeño valle para ascender más tarde al cerro *Jalama*, desde donde penetra en el río *Eljas*, cuando aun es escaso de aguas, para desembocar con él en el *Tajo*. Al igual que en el *Duero*, la izquierda de este río es española y la derecha portuguesa, para dejarla más tarde en el punto de unión con el río *Sever*, desde donde atraviesa la sierra de *San Mamed*, y ya más tarde, en sus diferentes curvas, toca al río *Gevora* en su nacimiento y más tarde aún en sus proximidades á *Badajoz*. D. Julián Sánchez que no ignoraba el encastillamiento en *Portugal* de Lord Wellington, con propósito por parte del inglés de amenazar constantemente el flanco derecho de la línea de invasión francesa, sabía también que el intruso, para consolidar la conquista de *España*, precisaba desalojar prontamente del reino portugués á su temido rival, puesto que este tenía por puntos avanzados las plazas fuertes de la frontera, entre ellas *Badajoz* y *Ciudad-Rodrigo*, y para comprender e importante servicio que *El Charro* desempeñaba en la provincia de *Salamanca*, nos es preciso recordar (sin perjuicio de hablar más tarde con más extensión de algunos puntos) que Napoleón confió á *Massena* la misión de desalojar al inglés de sus posiciones.

El Mariscal francés, al frente de 60.000 hombres, avanzó siguiendo la cuenca del Duero, sitió á *Ciudad-Rodrigo*, por ser escalón suyo para cubrir la retirada en caso de descalabro, plaza que 25 días después capituló. A continuación, le fué más fácil la toma de *Almeida*, merced á la coincidencia feliz para el francés de haber volado un almacén de pólvora que se tradujo en voraz incendio á la ciudad; y aquí es preciso consignar que el que más tarde fué título de *Ciudad-Rodrigo*, vió imposible el asedio de estas dos plazas. Es de extrañar la conducta del Lord ante sus innegables

conocimientos estratégicos, pues de haber socorrido á Almeida y antes á la plaza española, quizás hubiese detenido en su marcha al invasor, evitando la retirada que tuvo que hacer á las alturas de Busaco para cubrir á Coimbra y el camino de Lisboa.

Massena siguió al ejército británico por el valle del Mondego, dispuesto á presentar batalla; pero vista la inacción de su adversario, le atacó en la meseta de Busaco el 26 de Septiembre de 1810, y aunque fué rechazado, no por eso cejó en su empeño de aniquilarle. A este fin, flanqueó la posición para envolverla lo que evitó Wellington, replegándose al campo atrincherado que cubría el N. y E. de Lisboa, y formado por las inexpugnables líneas de Torres-Vedras. Hasta allí llegó Massena, y en su afán de dar una batalla decisiva, aguardó frente á las famosas líneas nada menos que cinco meses, y no hubiera retrocedido á Ciudad-Rodrigo, sin duda alguna, á no ser por la escasez de víveres en un país que el inglés había devastado de antemano.

En su retirada tuvo la retaguardia mandada por Ney, y que sostener diversos combates con los ingleses, que al fin dieron la batalla en Fuentes de Oñoro el 3 de Mayo de 1811.

Lo dicho basta para comprender que el guerrillero protagonista de este folleto, con el perfecto conocimiento de su region natal, comprendió bien pronto que siendo el Duero y el Tajo las dos líneas principales de invasión para Portugal, era Salamanca, como terreno enclavado entre las dos cuencas dichas, el observatorio desde el que constantemente podía vigilar el ejército francés y acudir á uno ú otro lado, según se precisase su concurso.

En efecto, no era fácil que un ejército procedente de Madrid y en dirección á Portugal prefiriese remontar la provincia de Avila con sus abruptas sierras, pudiendo llegar más prontamente por Talavera (La Jara) (llanos de la vertiente Norte de los montes de Toledo), Trujillo y Cáceres.

Aun en el primer supuesto, siempre podía D. Julian entorpecer su marcha desde el Monte Trampal, punto importante de la cordillera Carpetana, que le permitía hostigar al francés, bien por el sur desde la sierra de Bejar, bien desde la sierra de Santibañez, amenazando su flanco izquierdo si lograba alcanzar Peña Gudiña; por igual razón le era muy fácil vigilar á Ciudad-Rodrigo y acudir en su auxilio en cualquier momento, emprendiendo rápida retirada, desde sierra de Francia, sierra de Ciudad-Rodrigo y, mejor aun, cayendo desde la sierra de Monsagro.

Por esta razón vemos constantemente al *Charro* que en toda la guerra, siempre que combate solo, antes de su unión con las divisiones del ejército, pelea apoyándose en la montaña, para compensar con la defensa natural que ésta le dé, la escasez de su efectivo, porque es preciso tener en cuenta que sus lanceros peleaban á veces con cuádruples fuerzas enemigas, demostrando que doscientos salmantinos sabían vencer á mil quinientos granaderos franceses.

«El Charro huye, pues, del llano; su acción se extiende por las sierras dichas, que dominan á Ciudad-Rodrigo y Almeida, desde donde le es factible interceptar los correos franceses que á estas plazas se dirigen, ó acuchillar á las escoltas gabachas que hacen correrías por las inmediaciones de estas ciudades nombradas; pero no se compromete generalmente en los llanos de Salamanca, ni en los de Ledesma, ni en los de Alba de Tormes, dedicando su fuerza, su brío y sus conocimientos estratégicos á interponerse entre Massena y los escalones que éste dejaba en su retaguardia.

Véase, pues, cómo aun internado en Portugal podía siempre seguir al francés, en las marchas de éste tras Wellington por la sierra de Mazas y saltar á la de la Estrella cuando el intruso se alojaba en el valle del Mondego, bien alcanzando la sierra de Garduño y la de Moradal, cuando aquel acampó frente á las líneas de Torres-Vedras.

Sin tener conocimientos de arte militar ni de estrategia, se ve perfectamente que D. Julián Sánchez saca el partido posible del terreno, y que tanteando sus fuerzas, acomete empresas de mayor ó menor importancia, según que la combinación de ambos elementos le garantizan el éxito.

Cuando el ejército francés era dueño de Ciudad-Rodrigo, eran tan frecuentes las escaramuzas organizadas por D. Julian, que raro fué el día que no aprisionaba algunos franceses, ó bien que sus tropas no se tiroteaban con las enemigas.

Su audacia no tenía límites; apoyados siempre por la comarca salmantina, como lo prueba la proclama que en 28 de Septiembre de 1809 publicó el General Marchánd, que mandaba en Salamanca, la cual proclama disponía detener «á los señores D. José Gonzalez Ycedo, D. Diego de Alba, D. Juan Bello, D. José Bárcenas, don Florencio Carranza, vizconde de Rascón y D. Nicolás Arteaga, ganaderos ricos que protegen á las guerrillas, y si en el término de ocho días no desaparecen esas cuadrillas...., se tomarán con ellos

las mas severas medidas para asegurar la tranquilidad pública».

No es, sin embargo, comparable lo dicho al arrojo que D. Julian supo infundir entre sus secuaces; pues se cuenta de ellos que en 1812, aparte de que continuaron siendo constantemente la pesadilla del francés, así en el campo como en la ciudad, llegó el arrojo de éstos á prometer á sus parientes, novias y amigos asistir á la fiesta de San Pedro en Salamanca.

Adviértase, en descargo de lo dicho, que Don Julian estaba en esta ocasión apoyado por el ejército aliado, y de aquí su proximidad al llano, pero no tiene este detalle puramente en apoyo de lo dicho anteriormente, relación alguna con lo que sigue.

Celebran en la *Atenas Española* la festividad de San Pedro con giras campestres.

Mandaba la plaza el cruel Dorsenne, general francés que acuchillaba después de martirizarlos, á cuantos guerrilleros en su poder caian.

El día 29 de Junio, fiesta del apostol, se hallaban presentes en el campo de la gira más de 300 soldados franceses y 30 cívicos (llamados así los españoles vendidos al francés) cuando de improviso aparecieron cinco jinetes, lanceros de Don Julian.

Estos eran: Ambrosio Gascon (de la sierra de Francia), Baltasar Moñita (de Monterrubio de la Sierra), Andrés Sanchez (de Vilvis), Angel Pérez (de Bollon) y Baltasar Sánchez (de Ruelos).

Fieles á la palabra empeñada, se presentaron los cinco guerrilleros citados; mas lo que prueba el pavor que á los franceses imponia la partida de Don Julian, es el hecho que á su aparición, juzgando los cívicos y gabachos ser éstos aislados jinetes de la punta de vanguardia de toda la guerrilla, emprendieron la fuga, no sin que á manos de los lanceros perdieran la vida dos franceses.

Dicen los historiadores, que libre el campo de intrusos, los jinetes se apearon, comieron en compañía de sus parientes y amigos, y mas tarde se retiraron.

Dorsenne, para evitar la repetición de actos como el mencionado, ordenó que se cerrara con fuertes puertas el puente de Zurguén, prohibiendo al paisanaje la salida por él; pero á los tres días justos de la orden, los lanceros de D. Julián aprisionaron á dos Vélites en la puerta de Villamayor. Los imperiales redoblaron la vigilancia deseosos de escarmentar á los guerrilleros; pero éstos llevaron su audacia á llegar constantemente hasta las murallas, y desde su pié cantar al son de la guitarra coplas á sus novias, á las

que estas hazañas serviales de acicate en el cariño que profesaban á los partidarios del *Charro*, como lo prueba la anécdota que Mesoneros Romanos cuenta en «Memorias de un setenton», el hecho de que una madre se lamentaba ante un fraile de los devaneos de su hija con los lanceros de D. Julian, para que reprendiese á la muchacha; pero el fraile exclamaba á cada paso: *Cuánto me alegro yo de eso*. Tantas veces repitió esta frase el religioso, que intrigada la madre, quiso saber la razón de la alegría, á lo que el fraile contestó: «Por que no sabia yo que tuviese tanta gente D. Julián».

III

Apuntados los hechos aislados que Sánchez y su gente practicaran en la frontera hispano-portuguesa durante la invasión francesa, preciso se nos hace conocer la historia verdadera de D. Julián en el asalto de los franceses á Ciudad-Rodrigo.

Ya hemos dicho el plan del francés y la necesidad de la posesion de esta plaza para ir estrechando los límites en que se movía Wellington, y después de las dos acciones de Tamames y Alba de Tormes, en que la historia no cita para nada al *Charro*, lo que hace creer que interpuestos entre él y el Duque del Parque los imperiales, su pequeña partida se vió precisada á no prestar su humilde concurso, ante la seguridad del descalabro, pensando el salmantino que su servicio sería mas completo uniéndose al ejército aliado, pues en él podria encontrar, como conocedor perfecto del terreno, un excelente guía.

Pero es el caso que la población de Ciudad-Rodrigo, en ocasión de hallarse dentro de ella los lanceros, fué sitiada por Massena al mando del 6.º y 8.º Cuerpo, procedentes de Castilla y de una Reserva de Caballería mandada por Ney, formando un total de 50.000 hombres.

Don Andrés Perez de Herrasti, antiguo militar granadino, que había comenzado su carrera en el cuerpo de guardias españolas, bizarro, honrado, caballero y de respetuoso y venerable aspecto, era el Gobernador militar de la plaza, y contaba para la defensa de ella con una guarnición de 5.498 hombres, entre los que había que incluir á los urbanos y 240 jinetes que mandaba D. Julián Sánchez.

La población constaba de 5.000 habitantes, los que se aprestaron con la guarnición á la defensa.

A éste fin, los arrabales del Puente y el de San Francisco fueron protegidos por atrincheramientos, se fortaleció el convento de San Francisco, el de Santo Domingo y el de Santa Cruz, y por la parte del río se levantaron estacadas, se abrieron cortaduras y pozos de lobo, trasladando á la Catedral, como edificio más resistente, la pólvora y municiones. El ejército de Wellington (situado su cuartel general en Viseo) había destacado al general Craufurd entre las cuencas del Agueda y el Coa, sosteniendo con el intruso un combate reñido el 19 de Marzo en Barba del Puerco, y como la Carrera apareció en Mayo con su División en San Martín de Trevejos, juzgó el francés y Herrasti también, que los ingleses pretendían acudir al socorro de la plaza al formalizar el sitio, lo que indujo al imperial á acumular sobre Ciudad-Rodrigo los 50.000 hombres dichos.

Situado el 8.º Cuerpo en San Felices y extendida la Caballería por el Agueda, el 6.º Cuerpo tuvo la misión de acercarse á la plaza para cercarla, lo que verificó desde el 25 de Abril á Mayo.

Este es el tiempo en que D. Julián Sánchez, al frente de sus 240 lanceros, practicó el servicio de salida y escaramuzas, teniendo con los franceses pequeños choques que daban lugar á que su fama de valiente fuese de día en día aumentando, admirando á todos sus felices disposiciones para la guerra.

El 26 de Abril salió D. Julián con su guerrilla á recorrer el campo enemigo, llevando la alarma á los puestos franceses, pues echando pié á tierra, dirigió á las avanzadas enemigas un fuego tan vivo, que aquellas se vieron obligadas á retroceder.

Al siguiente día y hora de las cinco de la tarde, avanzó con 120 guerrilleros por un lado de la plaza, en tanto que por el otro salía una columna destacada del Regimiento de Ciudad-Rodrigo. Más impaciente D. Julián que la otra partida, no quiso aguardar la llegada de ésta y apresó á 30 jinetes franceses, que al fin tuvo que abandonar por la llegada de numerosas fuerzas imperiales.

El día 28 del mismo mes y en combinación con el comandante D. Antonio Puente, del Regimiento citado, sale de nuevo, y más afortunado, acuchilla á varios dragones franceses y hiere á otros muchos que en la fuga querían alcanzar su salvación.

El día 30 sale D. Julián mandando sus jinetes, 400 infantes y 29 piezas de artillería, haciendo en el enemigo terrible matanza,

pues á más de gran número de soldados, perecieron varios oficiales y un Coronel, mientras que él regresó con un sargento y seis soldados heridos únicamente.

El general Cranfurd que desde Callogos había pasado á Ciudad-Rodrigo á conferenciar con Herrasti, precisó retirarse el día 1.º de Mayo á su campamento. La salida era peligrosa, pero escoltado por D. Julián y sus lanceros y el referido comandante Puente con algunos infantes, no dudó el inglés en salir de la plaza.

Poco después de caminar, los franceses se aproximaban para apresar al General inglés.

Este, prudente, aconsejaba á D. Julián retroceder á la plaza, mas el *Charro* disuadióle de tal idea y en vez de esperar al enemigo, le arremetió con tal brío y arrojo que ahuyentándolo, los llevó á Cranfurd sano y salvo á su campamento.

El 22 del mismo mes, ya muy adelantadas las líneas de aproche, resolvióse que D. Julian saliese del recinto con su partida para unirse á la división de D. Martín de la Carrera. El *Charro*, á la cabeza de los suyos y favorecido por la obscuridad, emprendió la marcha á las once de la noche por la dehesa de Martín Hernando. y forzando tres líneas francesas que encontró, logró al fin, atropellando y matando extranjeros, llevar á cabo la misión que se le confiara.

Los franceses acordaron estrechar el cerco; el 23 atacaron el arrabal de San Francisco y posteriormente el del Puente, pero en ambos fueron rechazados, y ya de nuevo vuelve Sánchez á sus escaramuzas para ahuyentar al enemigo, lo que consigue el 5 de Junio, logrando que el francés se retire al otro lado del río, después de sostener en la noche anterior un combate en el camino de Gallegos, combinado con las avanzadas inglesas.

Regresa D. Julián de igual modo á la plaza, pero hombre que á un valor sin igual reunía la condición de un pundonor exagerado, pues se cuenta que durante el asedio sus lanceros no fueron gravosos á los sitiados, porque diariamente, si era posible, salía de la población á buscar en el campo enemigo generalmente la comida para hombres y ganado, comprendió que estrechadas las líneas enemigas de aproximación, las salidas serian cada vez más difíciles, y no pudiendo con su caballería hacer nada en provecho de la ciudad citada, más fácil sería su concurso desde el exterior, por cuya causa el 19 de Junio salía de Ciudad-Rodrigo, arrollando una vez más á los imperiales que intentaron cortarle el paso.

Ya desde el exterior, el día 27 se hizo fuerte en la casa llamada de la Pobliza, próxima á la plaza y tras un corto pero sangriento combate, derrotó á 250 dragones, matando á 60 y recogiendo de ellos varios efectos y caballos, hasta que una gruesa columna francesa que en auxilio de los dragones avanzó, le hizo suspender la lucha para ponerse en seguro.

Ciudad-Rodrigo que, según Massena, habia hecho una defensa de las más porfiadas, pues decía: «No hay idea del estado á que está reducida la plaza, todo yace por tierra y destruído, ni una sola casa ha quedado intacta», cayó al fin en poder del sitiador.

No es pertinente, pues nada de ello se relaciona con nuestros guerrilleros, hablar de la capitulación de la Plaza, ni del clamoreo general contra los ingleses, por no haber acudido al socorro de ella, lo que dió lugar á que D. Martin se separase de los ingleses para unirse al ejército del Marqués de la Romana.

Tuviera ó no razón Wellington en la conducta por él seguida, que algunos autores disculpan, y que á nosotros nos sugiere algunas consideraciones que encajarían en una labor crítico-militar, pero impropias del objeto de esta obra, lo cierto es que al marchar tras el inglés Massena, dispuesto á dar la batalla, Sánchez, siguiendo los movimientos del francés y siempre á retaguardia suya, se dedicó de nuevo á cortar al ejército imperial, á defender á los pueblos de las partidas extranjeras y á sorprender los convoyes destinados al abastecimiento del campo establecido frente á lord Wellington, á vanguardia de las líneas portuguesas de Torres-Vedras.

IV.

Massena decidió después de cinco meses regresar á la península, levantando el cerco de las líneas portuguesas. Empezada la retirada, fué recogiendo á su paso los destacamentos del 2.º, 6.º y 8.º Cuerpos, mas el 9.º que al mando de Dronet habia sido destinado á Extremadura, ejércitos que en unión de la Caballería y Artillería que le cedió Bessieres, componían un total de 40.000 infantes y más de 5.000 caballos, fuerza efectiva de combate, ó sea independiente de los puestos que habia creado ó reformado, como ocurría con Ciudad-Rodrigo.

Wellington que seguía paso á paso los del imperial, reconcentró sus tropas, situándose entre el pequeño río Doscasas y el Turones, con un frente proxíamente de *dos leguas*.

Su izquierda la componía la 5.^a división, apoyada en el fuerte de la Concepción; el centro, en el pueblo de Alameda, lo formaba la 6.^a, y en Fuentes de Oñoro la derecha, constituida por la 1.^a, 3.^a y 7.^a división. Aquí dejó también la Caballería y situó á don Julian Sánchez con su cuerpo franco en Navavel.

El ejército aliado, que constaba de 33.000 infantes, 1.500 jinetes y 43 cañones, empezó á ser atacado el 2 de Mayo de 1811, cruzando el francés el arroyo Araba, y retirándose los ingleses que se hallaban apostados en Espeja y Gallegos.

La Brigada portuguesa al mando de Pak y un regimiento inglés bloquearon á Almeida.

Los franceses desde luego dirigieron el combate hacia Fuentes de Oñoro para apoderarse de la ermita y las rocas que dominan al pueblo, y aunque al principio lograron ser dueños de la hondonada en que asienta la villa, viéronse enseguida rechazados y obligados á repasar el Doscasas.

Transcurrió el día 3 en estas escaramuzas y el 4 llegó Massena á dirigir en persona el combate, que empezó por comprender la necesidad de apoderarse de las alturas dichas, pero distrayendo al enemigo por otro costado y ganando así facilmente la orilla opuesta del Doscasas en Pozovelho, para caer sobre Navavel que es el punto dominante de la comarca. Wellington que comprendió el intento del enemigo, envió la 7.^a división á unirse con D. Julián, y posteriormente, al ver el día 5 que el tercer Cuerpo francés y toda la caballería apareció por Pozovelho, en tanto que el 6.^o Cuerpo con parte del 9.^o amagaban el ataque por la izquierda, dispuso reforzar la división 7.^a (que mandaba Honston) y tropas de Sánchez, con las ligeras de Cranfurd. Entre la derecha y centro colocó la caballería á las órdenes de Sir Stapleton Cotton y ordenó á la 1.^a y 3.^a división que siguiesen los movimientos laterales del 6.^o y 9.^o Cuerpos franceses.

Al empezar la lucha por Pozovelho, la 7.^a división inglesa fué en parte arrojada de allí por el enemigo, y D. Julián que con sus jinetes sostuvo un combate de entretenimiento más de una hora para impedir el paso del francés por el Turones, retiróse al fin, más que vencido, enojado, pues aparte de que atacado por numerosa caballería francesa, se llegó á ver solo y privado de apoyo, en

la retirada de la división dicha, causóle gran indignación la muerte de un oficial suyo por las tropas inglesas, que juzgáronle francés y le dieron muerte equivocadamente. (1)

Téngase presente que en esta batalla la partida de el *Charro* era la única fuerza española que operaba con los aliados, por lo que D. Julian, como ya decimos, molestado por la conducta de éstos, retiróse á pedir al Lord mando independiente.

Bien pronto pudo verse lo eficaz del esfuerzo de Sánchez, pues alejado éste del paso del Turones que el francés intentaba forzar, logró su propósito, arrollando por completo la 7.^a división y la caballería anexa.

Visto esto por Wellington, cambió de plan y queriendo á toda costa impedir que el francés pudiera llegar á Almeida, corrió fuerzas por el camino que va al puente de Cantellobon sobre el Coa, con lo que su antigua derecha pasó ahora á ser el centro de la línea.

Entre tanto D. Julián con sus infantes y jinetes (2) vino dando un gran rodeo desde Navavel á Fresneda, y allí por orden del Generalísimo dejó su infantería embebida en el ejército británico y él con sus jinetes fué encargado de interceptar la comunicación del imperial con Ciudad-Rodrigo, así como observar el gran convoy de víveres que destinado á Almeida había colocado Massena en Gallegos, en espera de ocasión favorable para abastecer á la ciudad.

La misión que le fué confiada al salmantino, fué perfectamente ejecutada, pues tuvo que sostener combate con el francés que, á

(1) Arteché dice que observando Lord Wellington los movimientos del general Momtbrun cuando éste penetraba en Navavel y Pozovelho, vió un jinete que corría hacia él y mandó á un Soldado de la Guardia que estaba cerca que le hiciera fuego. Cayó el jinete, que era un Oficial enviado por D. Julian. Es el único historiador que lo refiere de este modo.

(2) El 21 de Abril escribió una carta D. Julian, publicada más tarde, que decía: «Me hallo de Comandante en Jefe de las partidas entre Tajo y Duero, y tengo un regimiento de caballería y batallón de infantería que he formado, en disposición de no temer á los franceses. Los ingleses me mandaron dos pequeños pedreros (cañones que disparaban bala de piedra) con algunos auxilios para ellos (para los cañones se refiere), para la caballería y la infantería.»

Don Julian mandó en esta batalla 1.000 infantes y 600 caballos. Los cañones se los prestó Lord Wellington como prueba de predilección que por él sentía.

toda costa, queria ponerse en contacto con la guarnición de la plaza dicha para envolver al inglés.

¿Nos es preciso relatar las diversas fases de la batalla, siendo así que, como decimos, D. Julian fué destacado y no tomó parte activa propiamente dicha en la acción?

Creemos que no, puesto que este libro solo relata lo que con el *Charro* tiene conexión, por cuya causa solo añadiremos que el resultado del combate fué desalojar el imperial la plaza de Almeida, una vez que no pudo apoderarse de Fuentes de Oñoro, como le era preciso, para socorrer á aquella.

Oigamos ahora á los extranjeros juzgar la labor de D. Julian.

Napier dice «que el *Charro* se retiró al acercarse la caballería francesa, encolerizado por haberle muerto los ingleses á uno de sus oficiales, creyéndole enemigo».

Schéspeler agrega: «que los escuadrones franceses de Montbrun avanzaron sobre Navavel, donde fueron entretenidos por los jinetes de D. Julián Sánchez, *durante un tiempo precioso*.

El portugués Da Luz Soriano afirma: «Que Montbrun logró poner en huida á nuestros lanceros, tras heroica resistencia», y por último Chaby dice: «que desde aquella posición (Navavel) después de larga y muy reñida pelea, se retiró también el intrépido D. Julian Sanchez, oprimido de la desigual y superior fuerza de la caballería enemiga que le acometió.

Lo anterior prueba que los historiadores no tuvieron en cuenta que en combate de tal índole no podia influir mucho la gente del renombrado guerrillero, pues una guerrilla, por muchas virtudes militares que posea, nunca puede compararse con la fuerza organizada del ejército. Esto es, pues, causa de que nosotros podamos comprender que no se hizo en esta ocasión justicia á D. Julián, por los cronistas, pues hartó hizo el salmantino con cumplir gallardamente las empresas que le fueron confiadas.

Wellington, mas conocedor del país en que operaba, de la organización de las guerrillas y sobre todo de las excelentes dotes maniobreras de Sánchez, decía en un despacho á su hermano: Os suplico manifiesteis al Gobierno Español, que estoy muy agradecido á la actividad de D. Julián Sánchez, para comunicar conmigo y proporcionarme toda clase de ayuda que le es posible.

V

Dejó el inglés destacados puestos en la frontera; guarnicionó las poblaciones que podían ser atacadas por el enemigo y emprendió la marcha con arreglo al plan general que tenía trazado. Quedó, pues, de nuevo D. Julián con su ya numerosa partida dueño de la provincia de Salamanca, á excepción de Ciudad-Rodrigo, y dispuesto á seguir la serie no interrumpida de sus correrías, con alguna otra sorpresa de mayor importancia que hasta aquí, puesto que el efectivo de sus fuerzas se lo permitía.

Es preciso reconocer que D. Julian era infatigable; que su odio al francés aumentaba á medida que el tiempo transcurría y no lograba ver á su Nación libre de la planta del intruso.

Solo así se comprende que el salmantino, después de la parte que tomó en la batalla de Fuente de Oñoro, emplease el resto del año 1811 y algo del 12 en continuar matando imperiales, cuantas veces con ellos se encontraba. No es, pues, de extrañar que las pequeñas acciones en que D. Julian estuvo, se cuenten casi como número de días que recorrió la comarca samantina, aunque ya fiado en su nueva guerrilla, hizo excursiones á la provincia de Zamora y Avila, limítrofes á la natal del guerrillero. Referir, pues, todas estas correrías sería obra superior á la extensión que ha de darse á éste opúsculo, así como imposible de realizar por la dificultad de comprobación en el plazo señalado, para terminar estos trabajos, por cuya causa y á la ligera citamos las más importantes.

En los primeros días de Octubre del referido año 1811, D. Julián que había llegado con su hueste á la Sierra de Santibañez, decidió hacer una excursión por las cercanías, y bajando á Barco de Avila en el Río Tormes, arrojó de esta población á la guarnición francesa; remontó sierra de Villafranca y cayendo de improviso sobre Piedrahita ejecutó lo mismo.

Volvió á Salamanca y en Puente del Congosto, próximo á Santibañez de Béjar, en la unión de la sierra de éstos nombres, volvió á hacer cuanto se ha dicho en las anteriores villas, dándole la correría como resultado, el cojer varios prisioneros franceses y 3.000 fanegas de trigo.

Desde Fuente de Robles quisieron pasar á Bejar 150 húsares franceses, D. Julián acechó la ocasión propicia de atacarlos en su marcha y presentada ésta en Valde la Casa, próximo al río Alagón, en el llano en que engrosa sus aguas, cayó sobre ellos y mató á 14, apoderándose del equipaje de los Oficiales que éstos abandonaron en su huida; pero al llegar á Peromingo se volvieron contra D. Julián y su gente, que les perseguía de cerca.

Este acto del Imperial dió lugar á un encuentro entre ambas tropas que le hizo perder al intruso bastantes hombres entre muertos y prisioneros, numerosos heridos y dejar en poder del *Charro* muchos caballos y armas, por los que, vencidos, volvieron de nuevo á buscar en la fuga la salvación.

Rodriguez de Solis, calcula en 75 los muertos franceses en ambos choques y en 2 muertos y 8 heridos los de Sánchez.

En el 6 de Noviembre marchaba el guerrillero á la Calzada cuando topose con una avanzada de cinco dragones en las inmediaciones de Martín Muñoz, á los que acuchilló; pero de repente se presentaron 20 más que hicieron armas contra el salmantino, por lo que D. Julián mató á seis y prendió á cinco y hubiese concluido con todos á no aparecer 120 dragones y 400 infantes que en socorro de sus compañeros habían salido de la villa de Martín Muñoz.

El *Charro*, á la vista del enemigo, que aparecía formado en línea, preparado para el encuentro, ordenó á su infantería, que era muy escasa, que avanzase al frente á cubierto de 100 lanceros, y cuando éstos se encontraron á tiro de pistola, abriendo claro los jinetes, dejaron paso á los peones, que hicieron fuego sobre la primera línea enemiga. Al mismo tiempo era atacada la segunda por ambos flancos á la vez.

De este modo el intruso se vió rápidamente combatido por todas partes y próximo á ser envuelto, pues los flanqueadores amenazaban con cerrar el círculo en que el Imperial se encontraba, por lo que no dudaron en ponerse en precipitada fuga, no sin dejar 30 muertos en el campo, 16 prisioneros, 40 caballos y muchas armas.

Siguió D. Julián su marcha y pocas horas después apresó un convoy que con destino á Ciudad-Rodrigo conducían los Imperiales, á los que tras de matar á algunos, les quitó 2.000 fanegas de trigo y 200 arrobas de vino.

Llegó D. Julián al punto objeto de su marcha, pero enseguida salió de la Calzada de Valdunciel para traspasar el límite de la provincia de Salamanca con la de Zamora. El día 20 de Noviembre

llegaba Sánchez á la villa de Fuentesaúco. Esta población, defendida por corta guarnición francesa, huyó tras pequeña lucha, al ver que desde las alturas inmediatas le hacía un nutrido fuego de fusilería los infantes de D. Julián, en tanto que los célebres lanceros avanzaban por la parte Norte de la Ciudad.

No terminó el año ya dicho sin que el *Charro* sostuviese otro combate, esta vez con numerosas bajas por nuestra parte, en Alaejos, próximo á Navas del Rey. El encuentro fué reñidísimo, siendo el enemigo muy superior en fuerzas al *Charro*, pero don Julián que contó 30 bajas propias, hizo triplicar este número á las que encontraron los franceses.

Interminable sería, como ya hemos dicho, relatar los encuentros que D. Julián sostuvo en todo este tiempo con las águilas francesas, por cuya causa hacemos punto en este capítulo, no sin consignar que en fines del año 1811, su partida se engrosó con las pequeñas guerrillas que mandaban Vicente Olivera y el cura Violdo, que peleaban en la provincia de Valladolid y que reconociendo las dotes especialísimas de mando de Sánchez, y comprendiendo que en unión de éste podrían hacer más por la independencia, que aisladamente, no dudaron en embeber en la del *Charro*, sus partidas, considerando á éste Jefe del conjunto.

VI

Llegó el momento en que el General inglés pensó en reconquistar á Ciudad-Rodrigo, y D. Julián volvió á unirse á él si bien no independiente como en Fuentes de Oñero, y sí formando parte esta vez de la división que mandaba D. Carlos España.

Wellington que para ganar la plaza dicha, necesitaba traer el material de sitio por el Duero, llevó á cabo la empresa con tanto sigilo, que por algún tiempo, los franceses desconcertados, más juzgaron al inglés con intenciones de dar una batalla en las proximidades de la frontera portuguesa, que con la idea de amagar á Ciudad-Rodrigo, á ello contribuyó que el Lord situó la 4.^a división con el Cuartel General en Fuenteaguinaldo; destacó la división ligera en la derecha del Agueda, y la tercera con la caballería en la orilla izquierda, dejando la reserva en Alamedilla. D. Carlos de

España y D. Julián Sánchez, habían recibido orden del General Castaños y de acuerdo con el Generalísimo, de alistar reclutas en Castilla la Vieja, y aunque recorrían el Agueda río abajo, determinaron no perder contacto con el ejército aliado, por si sus servicios eran útiles.

Pasemos por alto la inacción de Wellington; el pequeño combate en el Bodón (la mayor parte de los autores no lo citan) y la aparición del ejército francés procedente de Plasencia en Puerto de Baños, que obligó á Wellington á trasladar el Cuartel General á la Fregeneda, formando la cuarta división una línea que comprendía á Espeja y Carpio con un destacamento de la 3.^a, en Pastores, y no nos detenemos en estas pequeñas operaciones preliminares al sitio, porque en ellas D. Julián (objeto de este escrito) permaneció alejado de ellas en cumplimiento de la misión que se le confiara.

Vista, pues, por los franceses la intención de aliado del cercar y atacar á la plaza que anteriormente ellos habían ganado, Thiebault que era el General más pórximo á la plaza, avisó á Donsenne, su General en Jefe, y como medida de prevención resolvió observar á Ciudad-Rodrigo para acudir en su socorro, contando con los 4.500 infantes, 6 piezas de artillería y 600 caballos, aparte del escuadrón de Cazadores de Montaña.

Este escuadrón, que constituía la escolta de Thiebault, estaba formado en su mayor parte (vergüenza da el decirlo) de españoles *renegados*, de aquellos españoles tan poco amantes de su patria que prefirieron unirse al francés (con miras interesadas, creyendo siempre que la victoria quedaría al fin por las águilas imperiales), á defender la tierra en que habían nacido.

Con estos chocó D. Julian cuando próximo á Ciudad-Rodrigo vigilaban esta población.

Ya se ha visto el modo de guerrear del *Charro*, y no es de extrañar, por tanto, que cercando á la plaza, estuviese al cuidado de dar caza á alguna pequeña partida francesa.

Sorprendido D. Julian en esta misión por el escuadrón dicho, escuadrón que segun el mismo Thiebault «en los diez y ocho meses que llevaba de existencia, no le habia proporcionado disgusto alguno y solo si el trabajo de contenerlos en los combates en que se mostraban tan valientes que parecían *verdaderos locos*», tuvo lugar la lucha de estos afrancesados con las tropas de D. Julian. Este y los suyos peleaban con tal arrojo y denuedo, enardecidos

indudablemente en esta ocasión mas que nunca por la indignación y el deseo de venganza, que bien pronto envolvieron á su rival y aunque Sanchez les intimaba á la rendición, ellos prefirieron morir matando, siendo la lucha enconada y salvandose de la refriega la menor parte que pudieron huir.

Continuaban los trabajos de aproche del inglés, y el *Charro*, siempre vigilante, esperaba ocasión para una sorpresa. Aquella se presentó el día 15 de Octubre.

Sacaban los enemigos el ganado destinado al racionamiento á pastar fuera de la plaza al pie de El Bodon y algunas veces el gobernador de ella, General Reynand, con algunos jinetes, practicaba reconocimientos para darse cuenta del movimiento del inglés. Sanchez se propuso hacer presa en los Imperiales y la noche del 14 de Octubre apostó entre los altos de El Bodón y la plaza sitiada dos unidades de su Caballería.

Salió al día siguiente Reynand con tres oficiales y 12 caballos, y al presentarse en el sitio del pastoreo, una parte de los lanceros de D. Julian cayó sobre el General francés y la otra sobre la tropa que custodiaba el ganado.

El resultado fué hacer prisionero á Reynand y dos oficiales, hiriendo al otro de los acompañantes, así como apoderarse de 500 reses de ganado vacuno y cabrio.

Dice Toreno, terminando el relato de esta correría, «Desesperabase Reinand (1) por su infortunio y D. Julian tratando de consolarle, le dió una cena acompañada de música y tan esplendida como permitian las circunstancias de su varío é instable campo.»

Este hecho de D. Julian aumentó el prestigio de éste á los ojos del Lord, que ya segun hemos visto le habian dado pruebas de consideracion y aprecio, y como el inglés necesitaba la cooperación de la división española mandada por Carlos España, de cuya fuerza formaba parte la guerrilla cada día mayor de D. Julian Sanchez, por su exacto conocimiento del terreno, tenia encomendada á éste último la vigilancia de la exploración y avanzadas, el servicio de protección á los forrajes y aprovisionamiento del ejército, con lo que el castellano era considerado y querido del ejército aliado.

Así se explica que Wellington, para que el gobierno español no pusiera obstáculos á la incorporación de las tropas del *Charro* á su

(1) Los demás autores escriben Reynaud.

ejército, le abonara hacia tiempo las pagas y raciones de sus tropas al igual que las suyas y de igual suerte se comprende que escribiese á su hermano: «Conociendo el genio emprendedor y la inteligencia con que D. Julian Sanchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa comun su partida, bien organizada y en estado de actividad para los servicios militares que es capaz de prestar y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad contra los franceses en Castilla, él, sus oficiales y soldados, con las conexiones amistosas que mantienen entre todos los cabecillas y guerrilleros del país, he creído deber por ahora agregarla al ejército británico; y esperando que el Marqués de la Romana y la Regencia aprobarán esta medida, he dispuesto se le abonen las pagas y subsistencias interin yo la tenga empleada. Como será probable que disponga de ella á largas distancias del ejército, una veces en España y otras en Portugal, y no pudiendo agregarla un Comisario, he pensado que sería lo más conveniente hacerle un anticipo para las raciones de cada Oficial, Soldado y Caballo, con lo que se evitarán vio'encias para los pueblos, quejas y disputas. (1)

Don Julian, pues, formaba parte del ejército aliado como una fracción más de él (y no como algunos han supuesto, dándole un caracter de merodeador), que se acogía á las tropas aliadas para defensa propia. Don Julian desde este momento se unió ya definitivamente á Vellington y con él contribuyó á alcanzar gloria en batallas como la de Arapiles, Vitoria y San Marcial.

Destinóse la 3.^a división y con ella al *Charro* á las márgenes del Agueda para cubrir el ala izquierda, por cuya causa lo vemos á las órdenes de España reunirse en Gallegos el 22 de Noviembre para cruzar el río con ánimo de que la fuerza española evitase la llegada de algún convoy á la plaza, y en esta vigilancia supo don Julián que los franceses se dirigían á la Sierra de Francia para cobrar las contribuciones á los pueblos de aquellas altitudes, por lo que el Conde, ayudado de Sánchez, en 28 de Noviembre atacó á los imperiales entre Miranda y el Endrinal, cuando regresaban de

(1) Mas creemos que influyó á ésta decisión de Wellington el cariño que manifestaba á D. Julian (aunque justificase de éste modo los abonos que le hizo) que las quejas que los pueblos pudieron hacerle, pues sabida es la estimación que en todas las villas contaba el Salmantino y el auxilio tan grande que en todas les prestaron, como lo prueba la amenaza de Marmont de que ya hablamos al principio.

la sierra. El combate fué corto pero sangriento. El *Charro* lanzó su infantería y el regimiento de la Princesa para sostener la lucha con el intruso, y cuando éstos se hallaban entretenidos en la pelea, apareció el Salmantino con sus lanceros. Los franceses formaron rápidamente los cuadros, disponiéndose á resistir la caballería, pero era tarde, porque los españoles aprovecharon el tiempo preciso para caer sobre las águilas con inusitada fiereza, y causándole grandes bajas, los obligaron á huir, no sin rescatar la mayor parte del tributo que cobraron.

Wellington que al parecer permaneció inactivo, recibió al fin el material que necesitaba y dió orden de que se atacase la plaza (mandada ahora por Barriè) por el teso de San Francisco, llamado Reducto de Reniand, en memoria del malhadado gobernador de éste apellido, á quien D. Julián hizo prisionero.

La plaza cayó en poder del aliado en doce días y no describimos el asalto y toma porque en ellos no figuró D. Julián, el cual por mandato de Wellington se situó en el Tormes, con orden de incomunicar Ciudad-Rodrigo con Salamanca, para privar á la ciudad sitiada de auxilio alguno procedente de ésta última, en la que se encontraba el Duque de Ragusa.

VIII

FUERZA DEL EJÉRCITO EN VITORIA.

Extracto del estado de situación del 19 de Junio por la mañana (1813).

	<u>Presentes</u>	<u>Destacados</u>	<u>Presentes</u>	<u>Destacados</u>
Caballería inglesa	7.791	851		
— portuguesa	1.452	225		
Total de Caballería			9.243	1.076
Infantería inglesa	33.658	1.771		
— portuguesa	23.905	1.038		
Total de infantería			57.563	2.809

Sables y bayonetas	66.806	3.865
Resto de la 6. ^a división destacada en Medina de Pomar	6.322	
Sables y bayonetas.....	60.486	3 885

ESPAÑOLES AUXILIARES.

		Presentes.	
Infantería	{	División de Morillo	3.000
		— de Girón	12.000
		— de Carlos de España	3 000
		— de Longa	3.000
Caballería	{	Ponne Villemur	1.000
		Julián Sánchez	1.000

NÚMERO DE CAÑONES CORONEL DIKSON COMANDANTE

Artillería inglesa á caballo	91	45
	6	30
	<u>5 1/2 pulg.^s</u>	<u>15 obus^{es}</u>
Total.....	90	

El anterior estado de fuerza que el Generalísimo dió de la batalla que se cita, nos da á conocer la metamórfosis experimentada en las tropas de D. Julián, y con arreglo al anunciado del tema objeto este trabajo, aquí debíamos hacer punto, puesto que el *Charro* desde la toma de Ciudad-Rodrigo dejó de ser guerrillero propiamente y sus operaciones no tuvieron en adelante como teatro la frontera hispano-portuguesa. Sin embargo de ésto, se nos resiste hacer punto final en este folleto, sin que sepa el lector que el salmantino, á partir del hecho mencionado, ya no sorprendió correos franceses, ni hizo prisioneros pequeños destacamentos imperiales ni menos por cuenta propia se guareció en las sierras cuando el intruso le perseguía. D. Julián ya figuró como Brigadier del Generalísimo y aunque su acción fué en adelante escasa, se halló presente en las batallas de Arapiles, Vitoria y San Marcial y junto con el Ejército aliado estuvo en el Sur de Francia hasta la paz general.

Obedeció el cambio operado en la manera de combatir de don Julián, el hecho de que Wellington, no quiso en adelante prescin-

dir de sus servicios y como D. Carlos de España acompañó el resto de la guerra al Duque de Ciudad-Rodrigo, este agregó á la división española con caracter definitivo las ya numerosas tropas de Sanchez.

Bien se comprende que operando en estas condiciones la guerrilla de D. Julián, de tropa aventurera pasó á ser unidad regular, y subordinada siempre al Conde, su forma de combatir tuvo que ajustarse á lo que se le ordenara, que era siempre combinando su fuerza con la del General.

Estas y no otras razones fueron las que hicieron variar al salmantino su antigua guerra de sorpresas y emboscadas, y así se le ve camino de Salamanca mandando 950 caballos, aparte de la infantería, formando en la columna de España, la que á su vez en unión de la que dirigía el General Pietón, formaba el ala izquierda del ejército que avanzaba.

Ya decimos que poca parte activa tomó D. Julián en las posteriores batallas, pues en los Arapiles su Brigada era de la división que constituía la reserva, pero no por esto dejó de funcionar en una de las fases del combate.

Mejor que describir la batalla juzgamos el consignar lo que Wellington afirma de la división: «Tengo, decía, toda clase de motivos para quedar satisfecho de la conducta de Mariscal de Campo don Carlos de España, del Brigadier D. Julián Sánchez y de las tropas de sus mandos respectivos, empleados en éste ejército por el Gobierno español, de quienes y de las autoridades españolas, así como del pueblo en general he recibido cuanta ayuda podía esperar.»

Por lo anterior, y teniendo presente que el *Charro* tuvo dos muertos y cuatro heridos en una batalla en la que los ingleses contaron 388 muertos y 2.714 heridos, y 304 de los primeros y 1.552 de los segundos los portugueses, es evidente el afecto que el inglés sentía por las tropas de D. Julián, pues en los primeros comienzos del combate, la división española junto con la Brigada de Infantería portuguesa de Bradford, se hallaban alejados y tardaron algun tiempo en avanzar á la inmediación del lugar de las Torres, entre la 3.^a y la 4.^a división, y empeñada ya la lucha, constituyose con la 6.^a división inglesa, al mando de Hope, en reserva, mientras el peso de la acción gravitaba sobre la derecha aliada y únicamente cuando de estas tropas destacose la caballería de Sir S. Cotton, fué el momento en que los españoles apoyaron á esta fuerza.

Ya se ve, pues, la escasa acción española en la batalla que nos ocupa. En la nueva organización dada al ejército aliado, propuesta por Giron, y transmitida por Castaños á Wellington, que aprobó éste al fin, dice:

«Artículo 3.º Que la Brigada que manda el General Morillo y la de Castilla hasta ahora á las ordenes de D. Carlos de España, se consideren como destacadas para objetos particulares y, por el momento del 4.º ejército al igual de las guarniciones de Ciudad-Rodrigo y Badajoz.

Art. 4.º Que la caballería del Conde Penne Villamur se considere como brigada de caballería en vez de división, segun se propone; y que esa brigada, lo mismo que las tropas de D. Julián Sanchez, se consideren destacadas, de igual manera que la infantería. Esas brigadas destacadas y las guarniciones de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, tendrán sus particulares Estados Mayores y Comisarios agregados á ellas; los últimos naturalmente bajo la dirección del Intendente general dal 4.º Ejército.

El inseparable guerrillero del Generalísimo tenía, pues, Comisario propio para la fuerza de su mando y á partir de esta organización dada á los Ejércitos, se le vé figurar en todos los estados de fuerza como ya se ha visto.

Al avanzar el ejército de Wellington hacia el Norte para reconcentrar sus tropas antes de que lo hiciese el francés en su huida, dió orden á D. Julián de que con su caballería saliera unido á la inglesa desde Tamames.

Posteriormente el Rey José en su retirada estableció su Cuartel General en Miranda, siendo hostigado su flanco izquierdo por las tropas del *Charro*, el cual, no contento con ésto aprisionó, en Castromino una partida de 30 dragones.

Este hecho así como la derrota del 16.º de dragones franceses por el 10.º de Húsares ingleses hicieron comprender al Generalísimo que el ejército del rey intruso se reunía apresuradamente, por lo que decidió anticipar la batalla, pero decidió colocar al ejército español en reserva, porque éste carecía de cartuchos (1).

(1) Carta de Wellington al General Giron: «Bien cierto es que os di cartuchos de fusil el año pasado, cuando recibimos más de los que necesitábamos; pero ahora no tengo sino muy pocos, y ya sabeis que nunca los he entregado en campaña ni aun á los portugueses que se baten en nuestras mismas filas».

En carta á La Bisboa escribía: «He tenido el honor de recibir vuestra cra -

No figura el nombre de D. Julian en el parte que Wellington dió de la batalla (parte que tenemos á la vista) ni el de Penne de Villemur, por lo que se deduce que aunque todo el ejército aliado asistió al combate la Caballería, que accionó unicamente fué la de dragones ligeros, mandada por Auson y Bok.

En la batalla de San Marcial, la labor de D. Julián va embebida con la del ejército español que llevó la parte principal del combate, si bien á la Caballería le cupo poquísima intromisión, porque teniendo que tomar varias alturas y pueblos, la infantería era la encargada de estos asaltos.

No obstante lo dicho, Freyre en el parte de la batalla dice: «No es posible elogiar el mérito en particular de ningun cuerpo ni individuo, porque seria ofender á los demás, puesto que todos se han portado con igual gloria, y como tal los considero muy acreedores á las consideraciones del Gobierno».

CONCLUSION

Wellington en 13 de Junio de 1814 después del tratado de paz celebrado en Paris el 30 de Mayo de 1814, ponía á los piés del Rey su dimisión del mando y concluía su despacho en esta forma:

«No puedo terminar con todo sin recomendar á las bondades y á las gracias de Vuestra Magestad, los Generales, Oficiales y Soldados de su ejército. Aunque extranjero, he recibido siempre de los primeros (1) toda la cooperación que estaba en su poder proporcionarme; y me consideraré feliz de darles el testimonio á las virtudes militares de los Soldados españoles».

D. Julian Sanchez, el *Charro*, desde éste momento dejó de ser militar.

El antiguo guerrillero, el después Jefe de una columna mixta (puesto que llegó á emplear dos piezas de Artillería) y el con posterioridad Brigadier de Caballería, comprendió que su misión estaba terminada al desorganizarse el ejército aliado.

Aquel antiguo garrochero, cuyo espíritu de venganza por las

ta y haré cuanto esté en mi poder para daros armas de fuego para vuestra caballería. Creo que podré quitar la mitad á la Caballería de línea inglesa si no hallo otro modo.

Vuestra caballería no podrá servir sin armas de fuego.»

(1) Ya hemos dicho que D. Julian figuraba en su ejército como Brigadier.

ofensas recibidas movieronle á dejar el cuidado del ganado bravío por la defensa de la patria y la garrocha por el sable, anhelaba volver á su tierra natal; deseaba al frente de sus antiguos lanceros entrar en la Región donde naciera y despedirse de los bravos que á su lado habian hecho alcanzar á su patria el nombre glorioso que lleva consigo aquella guerra.

No envanecieron los honores á Sánchez. No quiso que sus méritos le sirvieran de escalón para alcanzar títulos y mercedes; no quiso mas que regresar á Santiz, al pequeño pueblecillo de donde salió á los pocos dias de perder á sus seres queridos.

El Teniente General Marqués de Londoderry, despues de decir que las guerrillas prestaron en varias ocasiones servicios de una gran importancia, añade: «D. Julián Sanchez fuè uno de los guerrilleros mas emprendedores y hábiles que el curso de la guerra puso en campaña. Mandaba un pequeño cuerpo de caballería irregular, con el que ejecutó tantas y tales hazañas, *que muy pocas las hubieran como él acometido*, llegando á ser su nombre tan celebrado en los cantos populares de sus compatriotas, como temido y odiado por sus enemigos».

Lo anterior, escrito por un oficial inglés, es una prueba concluyente de la admiración que en los aliados causaba su arrojo y denuedo, y por si este aserto aun tuviese poco valor, preciso será reconocer más mérito, el hecho de que el Regente de Inglaterra, enterado de los servicios del *Charro*, dispuso que Lord Wellington, en nombre de él y de su patria, regalase á D. Julián Sánchez un sable de honor.

Nuestro protagonista volvió á su aldea, y dedicose de nuevo al cuidado de su hacienda. Dice de él un historiador: «Don Julián »profesaba ideas liberales, y acabó obscuramente su vida»; mas nosotros sabemos algo más de nuestro biografiado, gracias al Curioso parlante», que en su obra «Memorias de un setentón», tomo I, pag. 124, dice: «Para terminar con este personaje celeberrimo en aquella comarca (y cuya suerte posterior nunca pude saber) diré que cinco años después de 1818, hallándose de nuevo en Salamanca, en una expedición hecha en compañía de otros jóvenes á la orilla del Tamames, tuve ocasión de conocerle personalmente, presidiendo una corrida de toros dada en su obsequio en la plaza de dicha villa; por cierto que en ella se dió el singular espectáculo de que no habiendo quien concluyera con el último toro, como quiera que fuese, ya entrada la noche, el guerrillero presidente

dispuso acudir á su acostumbrado expediente de fusilar al enemigo, á cuyo efecto y de su orden salieron de todos los ángulos de la plaza multitud de tiros que acabaron en breve con la fiera, no sin algún susto (aunque con mayor contentamiento) de los espectadores, que hallaban muy natural la adopción de este remedio casero y muy propio para terminar la función taurina.»

EL MILAGRO DE LA FÉ (1)

Ni las armas de Don Sancho,
ni los tenaces esfuerzos
del favorito Godinez,
fueron parte á poner freno
en la funesta ambición
de los dos bandos del pueblo
que disfrutaban codicias
con antifaz de derechos...

Eran los portugueses
audaces y pendencieros,
que fiaban á la fuerza
la ejecutoria del éxito...

Los bejaranos ponían
la esperanza en el deseo
de su rey, Don Sancho el Bravo,
por reconocerles dueños
de las tierras que ganó
al despojado agareno;
y, como en ellas, también,
alegaran privilegios

(1) Esta composición obtuvo el premio al tema 15, «Leyenda en verso sobre una tradición extremeña».

dominicales los otros,
y eran ricos los terrenos,
las luchas se sucedían
con episodios sangrientos
que turbaban á diario
la tranquilidad del pueblo...

Era el día de la Pascua
de Resurrección; un viejo
sacerdote, de virtud
y de bondades modelo,
sollozaba como un niño
al escuchar en silencio
el relato que le hacían
del espantoso suceso...

En aquella madrugada,
los bejaranos, poniendo,
á sus luchas y á sus odios
el desenlace más fiero,
habían acometido
á sus rivales, haciendo
tal matanza y tan cruel
en sus familias y en ellos,
que se hablaba de mujeres,
y de niños, y de viejos,
inmolados en la fiebre
exaltada del degüello...

Y la lucha proseguía
con más enconado empeño
que, si antes fué ambición sola
quien puso rencores ciegos
en los bandos enemigos,
ahora había de por medio
inocencias ultrajadas,
ruinas de hogares deshechos,
santos amores perdidos,
para siempre; lo más tierno,
lo más noble, lo más puro,
venganza y sangre pidiendo...

Terminó de relatar
el acólito el suceso
y así dijo:—Mi señor;
rezad por vivos y muertos
que los unos y los otros
bien necesitan de rezos...

Yo los he visto reñir
como furias del infierno,
van locos, señor, van locos
por las calles maldiciendo
y antes de verse, ya se oyen,
y al oirse, el oído ciego
les empuja á la carrera
á buscar pronto el encuentro,
y entonces no hablan las bocas,
entonces buscan los hierros
el corazón, y no se oye
más que el bárbaro jadeo
de la lucha, que bien pronto
encharca de sangre el suelo,
porque, más que en defenderse
en matar ponen empeño...

La misa no se celebra;
hubo de cerrarse el templo
porque no acudía nadie;
los prestes tiemblan de miedo
encerrados en sus casas;
fuera temerario empeño,
señor, intentar salir
en tan terribles momentos
en que se diera la vida
con bien menguado provecho...

—¿Dices que no habría fieles
éste día en que los cielos
se abren para que entre Dios...?
¿aseguras tú que el miedo
podría más que el deber...?
pues bien, yo, doliente y viejo,
salgo á decir esa misa,
salgo á buscar á ese pueblo,

salgo á pedirle á mi Dios
 que me escuche, y estoy cierto
 que habrá fieles en la iglesia,
 que Dios me dará mi premio...

.....

Así dijo el sacerdote;
 y, sin escuchar los ruegos
 del acólito asustado
 que siguió detrás gimiendo,
 con paso firme y seguro,
 encaminóse hacia el templo,
 como un paladin de guerra
 seguido de su escudero...

—

Recorrió una por una las capillas
 ¡nadie rezaba en ellas!
 Tendidos á lo largo de los muros,
 ornados de blasones y leyendas,
 dormían, con la espada sobre el pecho,
 los guerreros de piedra;
 los obispos, con cruces en las manos;
 las santas abadesas;
 todo un mundo de tumbas silenciosas
 iluminado apenas
 por la luz de las lámparas de aceite
 que aun hacían más tristes las tinieblas...

A intervalos, las turbas,
 lanzando maldiciones y blasfemias,
 cruzaban á lo largo de la calle
 sin detenerse en ella;
 retumbaban sus gritos
 en las naves sombrías y desiertas;
 se apagaban después, pausadamente,
 como una tempestad cuando se aleja,
 y volvía el silencio
 la apacible quietud, la paz serena...
 sobre el antiguo facistol del coro
 bajaba un rayo azul de la vidriera.

.....

.....

.....
.....
El mismo colocó los tres manteles,
puso las sacras, encendió las velas,
vistióse los sagrados ornamentos,
atravesó la solitaria iglesia,
y, lleno de una fé que reputara
de mística locura el que lo viera,
aguardó en el altar á que los fieles
acudiesen á oír la misa aquella...

—
No fué engaño del oído, ni ilusiones del deseo;
se escuchó primero un sordo y creciente cuchicheo;
después algo que avanzaba, rumoroso como un mar;
y, del fondo de las sombras, vió surgir el hormiguelo
de una inmensa muchedumbre, y el brillante centelleo
de sus joyas al moverse, y sus armas al chocar...
Entre cruzes de prelados, y riquísimos briales,
entre pobres almexías, y valiosos pectorales,
entre huraños infanzones de la más añeja prez,
se veían los romeros con sus ásperos sayales,
las extáticas prioras con sus mantos abaciales,
y las nobles castellanas con sus rictus de a'tivez.
No era el pueblo el que acudía olvidando sus rencores;
aquel mundo de guerreros y de antiguos trovadores,
de prelados que murieron en olor de santidad,
de severas castellanas, y de sabios regidores,
eran gentes de otros siglos más creyentes y mejores
que tuvieron como culto el honor y la piedad...
Allí estaban nobles fraires de las ordenes cruzadas,
de rodillas en el suelo y las frentes inclinadas;
allí estaban los templarios con sus yelmos sin airón,
con sus rostros libertinos de facciones atezadas,
apoyando las manoplas en la cruz de las espadas,
como prontos al combate por su santa religión...
Allí estaban, ante el viejo sacerdote, prosternados,
por su pena redivivos y su fé resucitados,
los Maestres santiaguistas con sus cruces carmesí,
con sus albas vestiduras de valiosos obresados,
con sus cotas aceradas, sus escudos blasonados,

y, en el cinto, los montantes, con el tope de rubí.

.....
 El anciano sacerdote, conmovido y sin aliento,
 al mirar devoto y mudo la grandeza del portento,
 sollozando de alegría ante el ara se postró;
 á las célicas alturas elevó su pensamiento,
 puso todos los fervores de su alma en el acento
 murmuró—¡Gracias, Dios mio!—y la misa comenzó.

.....

—
 Pusieran miedo en el alma
 del hombre más esforzado,
 las horribles actitudes
 de aquellos fieles macabros
 que tomaban nueva vida
 al conjuro del milagro...

Rezaban, y eran sus rezos
 silbidos entrecortados,
 de aquellas fauces sin lengua
 y aquellas bocas sin labios...

De sus órbitas vacías
 los sutiles fuegos fá'uos,
 como lágrimas de luz,
 se desprendían temblando...
 y, al levantarse la hostia
 lentamente en el espacio
 sobre las rotas mortajas,
 sobre los fríos sudarios,
 sobre los cráneos desnudos,
 y los esqueletos blancos,
 parecía como el sol
 de aquel mundo, un sol helado,
 un sol de cielos muy tristes
 sin estrellas y sin pájaros,
 un sol mate, un sol sin vida,
 un sol sin luz y sin rayos...

¡Oh que instante más solemne!
 Crugían los guarda-brazos
 al chocar en las corazas
 sobre el pecho golpeando...

Dentro de los costillares,
como fúnebres colgajos,
los negruzcos corazones
que sintieron y que amaron,
parecían responder,
con movimientos extraños
de palpitación y vida,
al golpear de las manos;
mientras arriba en la torre
sonaba el repique claro
con que tocaban á gloria
campaneros ignorados...

—
Al «*Ite missa est*» solemne y grave
sucedió igual estruendo
que al comenzar la misa. El sacerdote
oyó los mismos vagos cuchicheos;
igual rumor de mar que se alejara;
roce de pasos y chocar de hierros;
despuès... una quietud que le dió frío,
un profundo silencio...
y, cuando al dar la bendición, volvióse
hacia los fieles... en el vasto templo,
de aquel sombrío mundo de ultratumba,
quedaba solo el lúgubre recuerdo...

.....
Entonces el anciano
sintió que desbordaban en su pecho
ternuras inefables
sensaciones de paz y de consuelo;
vió claramente que su Dios había
escuchado sus ruegos,
no dejándole solo
ya que en su altar le abandonára el pueblo;
comprendió que, al saberse
el extraño portentoso,
daría fruto la lección divina
de que la fé consigue con su esfuerzo,
que á los vivos que olvidan sus deberes
salgan á recordárselos los muertos;

y cayó sobre el ara,
feliz y sonriendo,
á la grandeza de su hermoso triunfo
y á las dulzuras de su justo premio...

De esta mística leyenda ha cruzado la memoria
á través de las edades, y, en el libro de la historia
cuyos viejos pergaminos por hallarla rebusquè,
aparece rodeada de su encanto de victoria;
y su dulce poesía de piedad propiciatoria
me ha movido á titularla: *El milagro de la fé,*

ANTONIO TEIXEIRA.

SOBRE LOS MORISCOS DE HORNACHOS

En el número 5 del ARCHIVO EXTREMEÑO insertamos un curioso documento en que consta la venta que se hizo en Sevilla de 34 moriscos de Hornachos, y relacionado con dicha venta, publicamos á continuación el mandamiento de los oficiales de la Casa de la Contratación de dicha ciudad, para que los arrendadores de las alcabalas de los moros y tártaros no las cobrasen á los compradores de los citados moriscos.

«Los ofiçiales del Rey e de la Reyna nuestros señores de la casa de la contrataçión de las indias del mar oceano etc. que resydimos en esta çibdad de sevilla, mandamos á vos alonso aliman e lope de consuegra veçinos desta dicha çibdad de sevilla arrendadores que dis que soes de la alcauala e ynpusyçion de los moros e tártaros desta dicha çibdad, que no molesteyis ni pidaes ni lleveis derechos ningunos de alcauala ni ynpusiçión á persona alguna de los que han comprado de los esclavos de hornachos que nosotros avemos vendido en pública almoneda por mandado del Rey y de la Reyna nuestros señores que fueron veinte mujeres é catorze ombres, los quales vendimos con seguridad que los compradores no pagarían derechos algunos syendo como deven ser esentos e libres de no pagar los tales derechos, lo qual vos mandamos por quanto juan de buen día e alonso daça vecinos de esta dicha çibdad se nos han quexado disiendo que les pedis alcauala e ynpusyçión por rasón quellos á ruego de francisco ferrandes borzequinero e de grauíel camacho e alonso delgado e lope diaz veçinos de esta dicha çibdad compraron para ellos quatro pieças de los dichos esclavos, queriendo vosotros desyr que los compraron para sy y después los tornaron á vender á los ariba nombrados lo qual no pasa asy y porque dello somos çertificados, y no es rasón que

demos lugar que los sobre dichos ni otros algunos sean cohechados ni molestados vos mandamos que á ellos ni á otros algunos de los que han comprado los dichos esclavos no molestes ni pidaes derecho ninguno so pena de diez mill mrs. que aplicamos para la cámara e fisco de sus altezas en los quales dende agora vos condenamos e avemos por condenados lo contrario fasiendo de lo qual sy os syntierdes agraviados pareçed ante nos que oyr vos hemos e faremos justiçia fecho á XVIII de junio de mill e quinientos e quatro años. el dotor matienço (rúbrica) francisco puebla (rúbrica)— por el qontador, santa qruz (rúbrica) colec. de PP. VV. en fol pergamino tom. XXVI papel núm 247 de:

J. GESTOSO Y PÉREZ.

NOTAS BIOGRÁFICAS

DON CRISTÓBAL DEL SOLAR DE CELIS Y SOLAR DE CELIS.

CORONEL DE INFANTERÍA.

*A mi querida tía doña Amelia de
Cabo y Solar, de Moral.*

Nació este valiente militar en la ciudad de Villafranca de los Barros (Badajoz), el día 11 de Diciembre de 1777, hijo de don Ramón González del Solar de Celis y de Vargas, Regidor perpétuo de dicha ciudad y de D.^a Josefa González del Solar de Celis y de Bolaños. Contaba el primero entre sus ascendientes ilustres varones, según lo atestiguan sus ejecutorias y la segunda tenía igual linaje, pues era prima hermana de su marido.

El tiempo que todo lo destruye, hizo suprimir el apellido *González* y el *Celis*, no quedando más que el principal que es el de *Solar*.

A pesar de sonreírle la vida, pues estaba llamado á heredar una fortuna cuantiosa, su inclinación tal vez abrigando la esperanza de imitar á aquellos *ricos homes* que en otros tiempos cubiertos de hierro y llenos de bélico entusiasmo corrían á los combates dando al viento el pendón de Castilla, despreciando la vida con el noble y elevado fin de conquistar laureles para su Pátria y su Rey, le indujeron á seguir la honrosa carrera de las armas, ingresando como cadete el 28 de Enero de 1791 y ascendiendo á Subteniente en Agosto del 93.

No tardó en distinguirse en la carrera que con tanto anhelo deseaba alcanzar, asistiendo desde el año 1792 hasta el 95, época

en que nuestras tropas luchaban denodadamente contra el ejército francés, en la acción de San Juan de Luz, celebrada el 5 de Febrero del 93, en las dos libradas en la punta del Diamante y en las de Aldudes Valle del Baztan, encontrándose igualmente en la reñida toma de Castel-Piñón.

En la celebrada entre la línea de Irún y Vera, en cuyo hecho de armas se distinguía, hasta que una bala de fusil le hirió en la pierna derecha. Pronto se restableció de la dolorosa herida sufrida y volviendo á la lucha, asistió el mismo año á las de Tolosa, Castelló, Versestegui y Creja, utilizándose entonces su persona en las guerrillas, que como es sabido para esta clase de servicios se escogía lo más granado de los Regimientos. También se halló Solar de Celis, en las de Goirete y Lecumberrí, y en esta última fué cortado, manda formar corriendo el cuadro á los 80 hombres que llevaba á sus órdenes, y á pesar de los inauditos esfuerzos empleados por aquellos valientes, pierde la mayoría de sus soldados; pero conserva su sangre fría, aplaca las inquietudes de los que le quedaron, aconsejándoles prudencia por el momento y energía después si era necesaria para salir de aquella angustiosa situación, y en efecto, al tener lugar esa hora poética tan llena de atractivos para toda alma romántica aunque sea en muy pequeña escala, la puesta del sol, empieza á hacer los primeros preparativos de fuga, y logra al fin, al entrar la noche, poner á salvo las fuerzas que mandaba.

El 24 de Diciembre del año 95 le concedió S. M. el empleo de Teniente.

También se encontró en la de Añezcar en las inmediaciones de la capital de la notable tierra Navarra y asistió el mismo día á las libradas en Incazun al lado de los Barrios, cerca de Pamploña y otras varias hasta que tuvo la desgracia de ser copado.

Le destinaron á Cartagena, el año 96 en unión de las compañías de Granaderos y Cazadores, en cuya capital permaneció muy poco tiempo.

Cuando no contaba aun 20 años (el 3 de Abril de 1797) contrajo matrimonio en el pueblo que le vió nacer con la entonces señorita D.^a Josefa Ibañez y Cápua, dama tan noble de corazón como de raza; de elevada estirpe por ambas líneas, pues si la casa Ibañez tiene una ejecutoria magnífica no lo es menos la de Cápua, á la que corresponde el Principado de la Rizzia en

Nápoles y otros títulos siendo progenitores de una serie de bizarros militares (1).

En 1800, al 1.º de Septiembre se le confirió el empleo de Capitán y el tener lugar la guerra con el vecino reino de Portugal fué destinado á la noble villa de Alcántara, tan célebre por su convento de San Benito, residencia de los caballeros de la Orden como por su puente romano sobre el río bajo, y en ella permaneció hasta la terminación de dicha campaña.

Mandaron á Solar de Celis en 1807 en unión de su Regimiento de guarnición al puerto de Santa María, en donde estuvo hasta que estalló por entonces la revolución, y por aquel tiempo le destinaron de nuevo, también en unión de su Regimiento, al cañón del Trozadero, en donde permaneció hasta la rendición de la escuadra francesa y salió con el referido cuerpo, incorporándose al ejército que formó en Ultrera á la división que mandaba el general Compegui, encontrándose en la renombrada batalla de Bailén, en la que tanta gloria adquirieron nuestra Patria y el bizarro general Castaño, siendo nombrado Teniente General.

Tuvo que ir á reemplazarse á la ciudad de Olivenza, por haber sido destrozado el Regimiento á que pertenecía en la retirada del Ebro y de aquí pasó á Badajoz, siendo entonces nombrado por el general Caro, marqués de la Romana, para que con unos cuantos tiradores formara y mandara la vanguardia de la división del general Ballestero, que operaba en Sierra Morena, distinguiéndose por su valor en la acción del castillo de las Guardias y sobre todo en las ventas del Chaparro y de la Pajanosá, en donde Solar de Celis atacó valientemente al enemigo con muchos menos soldados que los contrarios, les tomó las ventas, les quemó el campamento, se apoderó de cuatro carros atestados de víveres, de gran porción de equipajes y de al-

(1) He aquí los hijos de D. Cristobal que vistieron el honroso uniforme de la patria:

D. Antonio, Coronel de Caballería, que le fué concedida la cruz de San Fernando por la acción de Siruela.

D. José, Coronel de Caballería, presidente del Real Cuerpo de Guardias de Corps. En posesión de la cruz de San Fernando por su comportamiento en la acción de Cientorres.

D. Joaquín, Mariscal de Campo, presidente del mismo cuerpo, que conquistó la cruz de San Fernando en el combate de Cheste.

D. Francisco, Capitán de Caballería, procedente del mismo cuerpo, que también en el combate de Cheste alcanzó tan preciada condecoración.

gunos caballos, les hizo huir quebrantados y les siguió en su fuga hasta cerca de Santi Ponce.

Los periódicos de aquel tiempo elogiaron como se merecía el hecho de armas realizado por D. Cristobal.

Si fué mucho lo que se distinguió mi biografiado en las ventas del Chaparro y de la Pajarrosa no lo fué menos en la batalla de Aracena, en cuyas calles encontró al Regimiento de Lusitania cortado y abatiado por el enemigo; pero el bizarro Solar se puso al frente de los suyos y solo con sus tiradores logró sacarlo de las garras de los intrusos.

Pasó más tarde á Badajoz siéndole encomendada la defensa del fuerte de la Picuriña, en el que resistió valerosamente los constantes ataques de los franceses que intentaron tomarle repetidas veces sin conseguirlo gracias á su resistencia.

Conociendo el inmortal Menacho las condiciones que adornaban á Solar de Celis le encomendó la honrosa y difícilísima misión de tomar la batería de la Brecha, una de las que más daño hacía á la plaza por el ejército sitiador.

El día 3 de Marzo de 1811 tenía que cumplir sus sagrados deberes, arenga á las tropas de su mando (1) y ataca enérgicamente al ejército francés y cuando con más entusiasmo luchaban nuestros soldados por el trinfo grandioso de nuestra Independencia, el heróico Solar es derribado en tierra por un tiro de fusil, dado casi á quema ropa, que le perfora la nariz y le sale por junto á la ceja derecha, llevándole el ojo de este lado; pero intenta levantar, lo hace con la espada en la mano animando á los suyos; más la fuerte hemorragia le quita la fuerza, cae en tierra otra vez cubierto de sangre, quedando sin sentido.

Varios soldados del regimiento de Trugillo al que pertenecía, de aquellos valientes que compartieron con él sus triunfos y sus desdichas, bajo una granizada de balas se precipitaron sobre él y le condujeron á la plaza. Desde las murallas de la ciudad el bravo Menacho presenciaba la salida de Solar de Celis y al ver que era conducida á Badajoz una persona entre soldados corrió á esperarlo á la puerta del Pilar y enterado de lo ocurrido le confirió en nombre del Soberano el grado de coronel, acompañando la camilla en que fué trasladado hasta el Hospital donde

(1) Fueron á tomar esta importante posición enemiga las seis compañías de Granaderos y cazadores del Príncipe, Sevilla y Trugillo.

los facultativos apreciaron su estado agónico, y tan benéfico establecimiento permaneció luchando entre la muerte y la vida; pero su excelente naturaleza y ayudada por Dios le hicieron volver á reponerse, pidiendo entonces su retiro para Villafranca de los Barros donde lloró la injustificada pérdida de la antigua *Pax Augusta* y la muerte del heroico general Menacho que el 4 de Marzo dió la vida por la Patria.

Anotaremos de paso que el regimiento provincial de Trugillo fué uno de los que tomaran una parte más activa en este sitio de Badajoz, llegando á perder en aquellos tristes, pero gloriosos dias hasta la caja que guardaba sus documentos y sus fardos, y nadie se ha ocupado para nada de sus indiscutibles méritos, dignos de ser escritos con letras de oro.

Posteriormente en 1815 en su afán de ser útil á su Rey desempeñó el cargo de coronel efectivo de la Comandancia militar de los partidos de Badajoz y Mérida y después el de Comandante Jefe de los Voluntarios Realistas del pueblo que le vió nacer.

Tal es la biografía militar de D. Cristobal del Solar de Celis, no ocupándonos para nada de su vida política, ni de los beneficios que dispensó á la hermosa región extremeña á pesar de contar para ello con documentos auténticos, por creer que no encaja dentro de este trabajo.

El día 4 de Agosto de 1834, después de recibir los Santísimos Sacramentos, pasó á mejor vida el que en esta fué bizarro militar y caballero sin tacha.

El año 1908, el Ayuntamiento de Villafranca de los Barros, perpetró la memoria de su hijo, dando á una de sus calles el nombre de *Coronel Solar de Celis*, y colocando una lápida de mármol en la que fué su casa con la siguiente inscripción:

«En esta casa nació y murió el Coronel de Infantería, D. Cristobal del Solar de Celis, herido repentina y gloriosamente p mortalmente defendiendo á Badajoz en la heroica y elevada lucha por nuestra Independencia Nacional».

«Varón preclaro, supo conservar, sostener y aumentar con sus hechos, la nobleza de sangre heredada de Reyes y Próceres y si en el escudo de su casa y ejecutoria de nobleza é hidalguía, figura un cuartel adquirido en terrible y honroso duelo y era hidalgo por el Rey y por sus antepasados, también lo fué por sí y habría podido añadirle otro uniendo á los blasones de sus antecesores el timbre inmortal de su patria».

ANTONIO DEL SOLAR.

PÁGINAS DE UN LIBRO

Tentativas modernas de restauración del latín.

Traducción de la obra «El latín y el problema de la lengua internacional.»

La idea de volver al latín no es nueva; espíritus serios se han preocupado de ello. Sin remontarnos mucho á lo pasado, encontramos en 1867, el proyecto de Lettir. Hizo aparecer una obra titulada: *Lengua auxiliar universal... la lengua latina puede ella sola convenir...* etc. El autor preconizaba el empleo de la lengua clásica, y proponía diversos medios para generalizar su conocimiento y favorecer su uso: adopción de una pronunciación uniforme entre las naciones, introducción en los colegios de ejercicios de conversación en latín... etc. Esta tentativa no alcanzó resonancia y no tuvo éxito.

Los sabios, sin embargo, en sus trabajos, sentían cada día más la dificultad que experimenta el investigador, de estar al corriente de los progresos de la ciencia, si no conocen muchos idiomas. Un sabio debe, en nuestros días, poseer, además de su lengua propia, el alemán, el inglés, el ruso, el italiano, el español, y á veces el theco, el dinamarqués y el holandés. Qué facilidad en las investigaciones, qué simplificación en el trabajo de documentos, si pudiera escribirse en latín, lengua que casi todos los sabios conocen!

He aquí lo que á este propósito escribía el Doctor Eduardo Sieveking, de Londres, al Doctor Pietro Santa, Director del periódico *La Higiene*, de París.

Londini ex aedibus Mancastris n^o XVII.

Eduardus Sieveking Doctori de Pietra Santa S. P. D...

Per multa saecula viri, scientiae dediti, lingua latina usi sunt ut de rebus metaphysicis et de philosophia inter se dissererent et disputarent. Neque intelligo cur hoc non fiat nostro quoque tempore. Lingua gallica admodum rebus diplomaticis suppetit sed multi sunt doctissimi in variis regionibus quibus non est facultas Gallice loquendi et scribendi linguam vestram argutissimam quamvis optissima sit pro consuetudine et commercio societatis. Mihi saltem videtur, ut, quantum fieri possit, omnes scientiae cultores, ubique terrarum, et praesertim in Scholis et in Academiis linguae latinae faverent, quo facto neque «Volapük» nec alia lingua (vernaculo ore excepto) necessaria foret. Hoc mihi in mentem venit post litterarum Doctoris Echo (in tua ultima editione commentarii de rebus hygienicis) lectionem. Vale. Omnia fausta tibi precor.

A. D. IV Kal. Maii MDCCCLXXXIX

Al comenzar el año 1888, un inglés, M. Hendersón, publicó un proyecto de lengua internacional, que titulaba *Lingua*. Era una lengua híbrida, á base de latin, y cuya construcción, un poco precipitada tal vez, dejaba mucho que desear. Las objeciones dirigidas contra este sistema obligaron á su autor á abandonarlo, y después de un ensayo de fusión del francés y del inglés (1), se decidió resueltamente por el latin.

A esta época se remonta, bajo los auspicios de Hendersón, la publicación del *Phœnix, nuntius latinus internationalis* y de su suplemento ilustrado: *Post Prandium*. Era un periódico redactado en latin fácil y claro, que el autor enviaba á todos los literatos susceptibles de una afición todavía profunda al latin; Hendersón fundó al mismo tiempo una sociedad internacional para la propagación del latin. He aquí el manifiesto (2).

(1) *Anglo-Franca*, véase la página 76.

Hendersón había ensayado una simplificación del francés: *Langue Facile* (1889.)

(2) *Phœnix*, cuaderno de Junio 1891.

SCHEDULA ASSOCIATIONIS.

SOCIETAS INTERNATIONALIS.

LATINITATIS MODERNÆ

«*Audeamus moderni uti Latinitate
moderna*»

Societas Internationalis Latinitatis Modernæ profitetur:

1.º Optandum esse, ut usus linguae Latinae inter homines nationum diversarum frequentior fiat; ut saepius, quam nunc fit, libri commentationes, ephemerides Latine edantur; ut in ephemeridibus, in actis academiæ et societatum in scriptis ubique sumptu publico aut privato edendis, usus linguae Latinae libere permittatur:

2.º Concedendam esse Latine scribentibus veniam: usurpand, sensu moderno verba plúrima. qualia sunt *minister, liberalis, protestans*; utendi Latine iis verbis quae jam in linguis modernis ad leges linguae Latinae vel Graecae conficta sunt, ut *internationalis, photographia, telephonus*; conformandi ordinem verborum ad consuetudinem hodiernam.

Ego.....

(Praenomina:)

(Nomen gentiliciun:)

(Honor, officium aut ars:)

(Habitatio).....

assentior opinionibus superius expressis et jubeo nomen meum in album sodalium Societatis Internationalis Latinitatis Modernæ referri.

Datum apud.....diemensis.....1891.

(Subscriptio autographa:)

Esta proposición tuvo un gran éxito. De todas partes acudieron adhesiones á la nueva Sociedad. En Francia, se inscribieron muchos literatos, los Sres. Thiancourt, Mealin, Collignon, Leroy-Beaulieu, Becker, Egger (Victor), Charles Richet, Havet, Prou, Salomón Reinach, Dr. Macé, Antóine & &. Durante esta época *Phoenix* aparecía sin interrupción, y Henderson emprendió una

campana á favor de la enseñanza práctica del latín en las clases. Poco á poco, el entusiasmo fué decreciendo y el *Phoenix* cesó en su publicación (1892).

La idea era sin embargo excelente, y el programa de la reforma, ó más bien de la simplificación del latín era naturalmente favorable á la empresa de los novadores. Desgraciadamente, Henderson no fue secundado en sus esfuerzos de modernizar el latín, poniéndolo al alcance de todos.

Dirigiéronle cartas hermosas, pero en un latín elegante y florido, ó puro y elevado. Cometió la torpeza, ó quizás sencillamente la debilidad, de dejar su *Phoenix* en manos de los sabios y literatos, y de no procurar su generalización ante el peligro de hacerlo vulgar. El latín del *Phoenix* consagrado casi exclusivamente á cartas de adhesión, se asemejaba en muchos pasajes al de los poetas latinos contemporáneos, á quienes la Academia Real de Amsterdam adjudica anualmente un premio, y que llegan con frecuencia, tratando de asuntos ultra modernos en una lengua de factura clásica, á efectos casi ridículos. Qué decir de este pasaje, p. e. en que se describe... ¡la bicicleta.?

Ferrea, longa, teres, mediis velut hausta medullis.
 Virga, tribus nodis in partes ducta quaternas.
 Qualem sese oculis M. praebet littera nostris,
 Imo in utroque rotam bifido fert crure, tamen non
 Uno eodemque pares sese circum axem ferentes,
 Ut. gravibus solet in plaustris levibusque quadrigis.
 Verum unam ante aliam, sic ut non tramite binos.
 Sed signent unum putri super aequore sulcum.
 In medio, atque ubi posterior rota congruit axi.
 Binae aliae, rigidis armatae dentibus haerent,
 Disparibus rotulae gyris junctaeque catena:
 Quas si quis, sella insidens quae desuper alte
 Imminet, alterno per vectes comprimat ictu,
 Dum pede pulsa unum volvit maiuscula gyrum
 Altera dens adeo celer internodia mordet,
 Incita maiorum bis terque quadruplicat orbem.
 Nec tuba deest equiti monitrix, rectorque bicornis
 Clavus, nec densa lychni sub nocte micantes.
 Frenaque per praeceptis rapidos moderantia cursus (1).

(1) TRADUCCIÓN: «Un soporte de hierro, largo, cilíndrico, como arrancando

Este no será jamás el latín que se elija como lengua internacional.

Numerosas tentativas se han hecho en el transcurso de estos diez últimos años. Se admite la posibilidad de utilizar el latín como base del sistema de edificación; de él se toman, en todo ó en parte, sus radicales y, con el auxilio de prefijos y de terminaciones arbitrariamente elegidas, se forman lenguas artificiales que se asemejan á un idioma bárbaro, mucho más que al latín de donde proceden. En este espíritu están concebidas: la *Lingua Franca* y el *Latinesce* de Henderson, el *Nov-Latin* del Dr. Rosa; el *Kosmos* de E. A. Landa; la *Lengua Isly* del Dr. Isly; la *Lingua Franca Nuova* de Serafin Bernard; la *Lengua Internazionale*, el *Esperanto*, y tantas otras, salidas perfectas, desde su origen, del cerebro fecundo de sus inventores.

Todas estas tentativas, después de haber despertado algun interés, gracias al atractivo de la novedad, han caído en el olvido. La mayor parte han sido merecedoras de semejante suerte; concebidas por un espíritu muy atrevido, muy poco cuidadoso de la lógica ó á veces del simple buen sentido, su imperfección era evidente desde que se las sometía á la piedra de toque de la experiencia.

Llegamos ahora á la idea principal, ésto es, á la de utilizar directamente el latín, pero un latín modernizado en su vocabulario y su sintaxis, libre de las sutilezas gramaticales y sintáxicas, y que se aproxima tanto al latín clásico como el griego moderno al griego antiguo. M. Hermann Diels, secretario de la Academia real de Berlín, ha echado el fundamento y sostenido la idea con muy

de lo más íntimo, apoyada en tres puntos con cuatro prolongaciones, cual la letra M se ofrece á nuestra vista. En el remate de cada pié lleve una rueda, aunque sin moverse á la par en torno de uno é idéntico eje como suele en los pesados carros y en las ligeras cuadrigas. Mas una en pos de otra, de modo que no señalan en la tierra dos carriles, sino uno solo en la polvorienta llanura. En el centro y donde la rueda trasera se une al eje, hay fijas otras dos ruedecitas, armadas de duros dientes, de diámetros diferentes y enlazadas por una cadena: si alguien, sentado en el asiento que sobresale en lo alto las oprime alternativamente por medio de los pedales, mientras la mayorcita impelida por el pié da una vuelta, con tal celeridad se hunden sus dientes en los clavos opuestos que, al hundirse, duplica, triplica y cuadruplica las vueltas de las mayores. Ni falta al jinete bocina monitoria y timón de dos brazos que guíe, ni brillante linterna en noche obscura y frenos que moderen la rápida carrera en las pendientes.

sólidos argumentos; el movimiento en este sentido, después de largo tiempo bosquejado, se acentúa de día en día.

M. Breal ve esta tentativa con ojos favorables.

«Estoy lejos, escribe, de desaprobador esta idea. Si encontrara favor entre nosotros, podría dar al latín un mérito de actualidad que no le sería inútil. Por otra parte, me determino á creer que este latín, saturado de términos modernos, ó de palabras antiguas con significaciones nuevas, sujeto á una sintaxis más analítica, no tardaría en parecerse mucho al francés».

En Berlín, y por iniciativa de M. Diels, se han organizado cursos de latín fácil (Volkslatein): (1) para uso de comerciantes é industriales se han publicado pequeños manuales de conversación (2) y exhumado el método de Ollendorf. Los periódicos y revistas que aparecen exclusivamente en latín, prescinden de la lengua clásica para adoptar una más moderna y más conforme á sus necesidades. Tratan en latín toda clase de asuntos; guerra hispano-americana, guerra anglo-boer, *affaire Dreyfus* (*Negotium dreyfusianum*, (*) establecimientos congregacionistas (*Scholas monasticas*). El *Praeco* (3) refiere hechos diversos, da una revista de la prensa y en folletín: *Robinson Crusoe*. Publica traducciones neolatinas de los *Comentarios* de Cesar, y de la Eneida; los *Colloquia* de Cordier y de Vives, é inserta anuncios, como éste: *Phillips and C.º fabricatores clavorum e ferrofilo, ferrafila plana, galvannata, stannata et cuprata, tubulatio flexibilis metálica &*.

Estas tentativas son muy importantes, aunque puedan parecer ridículas á los latinistas oficiales ó á los ardientes partidarios de las lenguas artificiales, y demuestran que el latín ha de sufrir grandes cambios, y que posee, sin duda, algunas de las condiciones esenciales que se exigen á una lengua internacional. Un estudio atento de las objeciones que se dirigen á un retorno al latín, y las respuestas que se pueden dar, nos serán de una enseñanza preciosa en nuestro estudio.—X.

(1) Heln (R.) *Volkslatein*.

(2) Capellani, *Sprechen sie lateinisch?*

Dr. D'Ooge. *Colloquia latina*.

Stander, *Latin taught colloquially in a few lessons*.

(*) Alude el autor á la *Vox Urbis* en la que se han tratado dichas materias, y actualmente se ocupa en la guerra italo-turca, revolución china y nuestros asuntos en Melilla.—(N. del T.)

(3) Entre sus redactores figuraba el ilustrado presbítero español P. Prim.—(N. del T.)



DE LIBROS

Programas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, correspondientes á 1911.

En un folleto elegantemente impreso hállanse contenidos los cuestionarios de las materias explicadas en la Universidad bonaerense, y fuera de algunas materias, parécenos que otras se van exponiendo parcialmente cada curso, como acostumbraba á hacer en la de Madrid cierto ilustre profesor, quien limitaba anualmente su asignatura á una parte reducidísima de la misma, pero explicada con singular extensión, aunque salían los alumnos ignorando lo más importante de la historia contemporánea, que debe interesar mucho más que el conocimiento de nuestro Istolacio y del paso de las Termípolas; pero á nosotros nos toca aplaudir la orientación de los estudios á orillas del Plata, donde al lado de las literaturas latina y griega y de la Europa Meridional ocupa un lugar no inferior la Castellana, cuyos autores modernos son leídos y comentados según aparece y consta en la página 83.

Complácenos sobre manera que nuestras letras hispanas se presenten á los jóvenes americanos cual modelos dignos de imitación; que no estamos literariamente tan desmedrados para ceder el puesto de honor que de derecho nos corresponde al lado de nuestros hermanos, unidos á nosotros en comunión espiritual de lengua y creencias, puesto que con el habla española llevámosles también la religión.

Casi todas las materias propias de nuestra Facultad similar se cursan en la americana; excepción hecha de las lenguas semíticas, de las cuales se prescinde por completo, mas en cambio se estudian las lenguas clásicas (latín y griego) en tres años la primera, y aun cuando no se fija el número de cursos de la segunda, su

programa es sin duda uno de los más extensos de cuantos comprende el opúsculo recibido, en el cual aparece también una relación del profesorado titular y suplente, figurando 19 entre los primeros y 14 entre los segundos: nuestra facultad de filosofía y letras, á pesar de las divisiones y subdivisiones sufridas, no cuenta seguramente con 33 profesores, debido sin duda á la multiplicidad de Universidades que impide entre nosotros se dirija todo el esfuerzo intelectual y económico hacia un Centro único, según ocurre allende el Atlántico.

Con el mayor gusto hemos recibido el folleto de referencia, cuyas páginas todas hemos recorrido para poder así apreciar el grado de cultura en que se encuentra una rama de los estudios cultivados en la Universidad, cuyos maestros fomentan la ciencia con verdadero amor y se consagran á la formación de una juventud que ojalá siga rindiendo en su pecho espléndido culto á la madre patria, como demostró en las fiestas del primer centenario de su Independencia.

Damos al ilustre Decano, Sr. Matienzo, las gracias más rendidas por tan estimado presente con que nos ha favorecido.

* * *

El Maestro Elio Antonio de Lebrixa (1441? 1522) por Pedro Lemus y Rubio, licenciado en filosofía y letras.

Una revista, benemérita de nuestras letras, que se publica en el extranjero, bajo el título de *Revue Hispanique* ha dado á luz el folleto llegado á nuestro poder con afectuosa dedicatoria de nuestro amigo, el hoy catedrático del Instituto Egabrense, D. Pedro Lemus y Rubio, conocido periodista en la Corte, dónde hace tiempo residía, desde que abandonó estas tierras extremeñas para consagrarse por entero á las letras, que lo han llevado á la obtención de una cátedra, en cuyo desempeño mostrará bien á las claras su cultura y la vasta extensión de sus conocimientos literarios y gramaticales.

Conocido nos era un precioso tratado de *Gramática castellana*, que por su método y doctrina satisface las exigencias de esta enseñanza, á la cual se consagran por desgracia *trataditos* huecos, según reconocen los mismos maestros y demás personas, á quienes algo se les alcanza en achaques de esta índole.

Desde que recibimos el mencionado libro, no habíamos vuelto

á conocer producción alguna de nuestro amigo, aunque sí nos participaba tiempo ha ocuparse en trabajos serios, á los cuales no había podido consagrar toda su atención, embargada por la prosa de la vida, ésto es, por la necesidad de trabajar en la enseñanza privada para poder vivir, lo cual no le ha impedido, dada su voluntad enérgica y férrea, consagrar algunos ratos desocupados al fascículo, cuya lectura nos ha entretenido agradablemente por las noticias que suministra sobre el maestro Nebrija, elogiado con justa razón por nuestro amigo D. Emeterio Suaña, cuyo es un trabajo titulado *Estudio crítico-biográfico del Maestro Elio Antonio de Nebrija, uno de los más insignes profesores de la Academia Complutense*.

A él hace referencia el Sr. Lemus, quien ha tenido la suerte de encontrar datos y noticias que le permiten rectificar algunas de las fechas citadas por el profesor, que fué del Instituto del Cardenal Cisneros; mas siendo tanto el mérito de su trabajo, no debemos disgustarnos por esas pequeñas *máculas*, que el mismo Horacio sabe generosa y noblemente perdonar, como hijas del descuido, *ó porque nunca el hombre alcanza ser perfecto en su flaqueza*.

Son por demás interesantes las noticias que de Nebrija y sus hijos nos da el Sr. Lemus, quien promete «la publicación de un examen, que ya tiene emprendido de las obras debidas al ilustre nebrisense»: esperamos con interés cumpla la palabra empeñada; el público anhelo de los admiradores del célebre maestro así lo desea, como testimonio y monumento elevado á la memoria del que sujetó á reglas la enseñanza de la lengua patria y que fomentó entre nosotros el cultivo del latín con sus obras y comentarios á los escritos de los clásicos y de los poetas cristianos.

A los documentos que figuran en el texto, acompañan por via de Apéndice siete interesantísimos, cuya lectura nos descubre circunstancias ignoradas por los más, y todas ellas pertinentes al ilustre andaluz, cuya fundación en su pueblo natal para adoctrinar á la juventud en la lengua latina y en la Retórica, aun se conserva, habiendo nosotros conocido á alguno de estos preceptores.

Dirige el autor de este opúsculo una excitación á la Universidad hispalense para que procure la traslación de los restos del renombrado polígrafo á la Iglesia de aquel centro docente y se coloquen al lado de aquellos varones eminentes que fueron gloria y prez de las letras: es tan loable el ruego que nos permitimos someter á la juiciosa consideración de nuestro amigo el actual Rector don

Francisco Pagés y Bellóc, quien no dudamos sabrá prestarle acogida con el entusiasmo propio de sus elevadas miras.

Nuestro agradecimiento más afectuoso al Sr. Lemus, á quien damos la enhorabuena por su bien pensado trabajo, que recomendamos á todos los amantes de estudios serios.

* * *

O Abbade de Claraval. Palabras proferidas na capella de S. Bernardo de Aveiro.

Arte e sciencia (Lectura para os Seminaristas de Loanda) Guido Rení.

Estos dos opúsculos llegados á nuestras manos de las apartadas regiones del Africa, son de un talento prestigioso, de una inteligencia cultísima, de un representante de la Iglesia católica, madre fecunda de brillantes ingenios, que sufren ventajosamente el parangón sin temor de ser vencidos con los más renombrados de la impiedad, la cual parece como que intenta monopolizar el saber, arrojando sobre sus adversarios el estigma de *oscurantistas*, cuando en la Iglesia encontramos la verdadera luz, la inextinguible antorcha de la ciencia, según se ha demostrado en el reciente Congreso de Granada.

Son los opúsculos recibidos fruto de la profunda y variada instrucción de nuestro querido amigo el virtuoso prelado angolès Excmo. Sr. João Evangelista de Lima Vidal, quien no sabe dar paz á la mano, aunque es justo confesar que el primero de ellos aparece á requerimientos insistentes de sus paisanos aveirenses, rindiendo así un testimonio de simpatía y cariño al panegirista del abad de Claraval, de San Bernardo, ornamento de la Iglesia francesa en el siglo XII, cuya pintura hace en un hermoso, pero pequeño cuadro, como lo son las 17 páginas en que se contiene la vida y hechos del fomentador entusiasta de las Cruzadas y contradictor del anti-papa sanguinario Anacleto II.

En brillante y hermosa síntesis comprende el eminente autor los hechos capitales en que intervino el Santo: describe su carácter con frase vigorosa y llena de afecto para despertar en sus oyentes amor, veneración y respeto hacia uno de los más gloriosos Fundadores.

* * *

El segundo de los opúsculos es el IV de una serie de Conferencias que el infatigable Prelado viene dando á sus seminaristas para despertar en ellos, ora el amor á las ciencias, ora á las artes, en las que el Excmo. Sr. Lima, no es un advenedizo; tiene un espíritu bien cultivado, gusto delicado y siente la belleza en todas sus formas y manifestaciones, demostrando así que su larga permanencia en la tierra clásica del Arte ha sido aprovechada, sin olvidar los primarios estudios que le llevaron á la sagrada ciudad del Tiber

Madre fecunda de pintores ha sido la Italia; su escuela pictórica ejerció la hegemonía en este arte, que más tarde le hau disputado otras naciones, sin haber logrado arrojarla del alto pedestal en que la colocan sus más renombrados artistas.

Ha elegido el autor como tema de estudio á *Guido Reni*, estudiando, como rasgo característico, la dulce moderación con que sufrió á un rival intratable y rencoroso, prescindiendo del que le arrojó de cabeza en los abismos del vicio del juego.

Examina los cuadros más notables del artista protegido de Paulo V., que son «La Aurora,» «El Martirio de San Sebastián,» «Beatriz Cenci,» «San Miguel Arcangel,» y «El Crucifijo,» y cómo llena su cometido, patente se ve en las áureas páginas del opúsculo, dictadas por la crítica del inteligente, quien nos deleita y encanta en la descripción de todos, pero de un modo tan vivo y patético en la del segundo que hace asistir al lector á la tortura de flechas sufrida por el mártir, cuyos dolores nos producen un estremecimiento de horror, aun á la mera lectura: de modo tan sugestivo describe la escena!

Como ya en otras ocasiones hemos ponderado con justicia las cualidades de brillante escritor que adornan al ilustre obispo de Angola, remitimos á nuestros lectores al no pequeño bagaje de libros publicados por el autor, á quien agradecemos el envío hecho.

F. F. y L.

* * *

Francisco de Zurbarán: su época, su vida y sus obras por José Cascales y Muñoz, Cronista de Extremadura. Con el favorable informe de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y 60 fotograbados de los mejores cuadros del artista.

Así reza la portada del libro que acaba de dar á luz el Sr. Cas-

cales y Muñoz, y á fin de que nuestros lectores tengan una idea del juicio emitido por la Academia de San Fernando, transcribimos á continuación algunos párrafos del mismo:

«Ante artista de tal valía (dice la docta corporación) en quien, á decir verdad, la crítica no se había fijado especialmente hasta hace poco tiempo, y al ver que, en general, solo se le ha juzgado de pasada, ni se han aportado pruebas documentales en el número que fuera de desear, el Sr. Cascales y Muñoz, que es extremeño como Zurbarán, ha sentido el noble deseo de rendirle tributo de admiración, reuniendo y ordenando datos, noticias, documentos y antecedentes sueltos, y juicios críticos aislados, para formar con todo ello un libro y, como dice, modestamente, en la breve introducción, *para contribuir con su grano de arena*, á la legítima exaltación del artista.

»Respecto de la vida de Zurbarán, afirma que no fué éste á Sevilla de niño, sino siendo ya bastante mozo, ni estudió bajo la dirección de Roelas, como se ha sostenido desde Palomino en adelante, por todos sus biógrafos, ni pudo inspirarse en las obras del *Caravaggio*, con las que las suyas no tienen relación; y aporta el curioso dato, descubierto por el Sr. Rodríguez Marín en el Archivo de Protocolos de Sevilla, de que el primer maestro de Zurbarán fué Pedro Díaz de Villanueva, pintor de imaginería. Sigue con bastante acierto y copia de datos la vida del pintor en Llerena y no en Fuente de Cantos como se supuso, en Sevilla, donde fué muy apreciado, y en Madrid después.

»Bajo el título de *Destinos y paradero de los cuadros de Zurbarán*, ha formado el Sr. Cascales y Muñoz un Catálogo muy completo de ellos, indicando los lugares en que se hallan, tanto las iglesias y conventos para donde fueron pintados, como las colecciones públicas y particulares, nacionales y extranjeras.

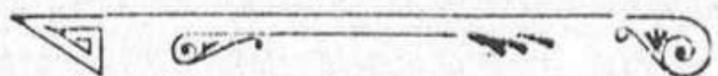
»El capítulo que trata de *Los Cuadros de Zurbarán á través de la crítica*, es, como su nombre indica, un resumen de los juicios emitidos acerca del artista por críticos antiguos y modernos y por algunos artistas; siendo de notar, entre los formulados por éstos, el de nuestros compañero D. José Villegas que, como suyo, es muy original y ha sido escrito expresamente para esta obra.

»Por último, bajo el epígrafe de *El Pintor através de sus cuadros*, hace el Sr. Cascales y Muñoz un detenido estudio de la producción del artista, así como de su personalidad, que brilla, con

poderosa fuerza, en la corriente naturalista que caracteriza á la pintura española.

»Tal es el trabajo del Sr. Cascales y Muñoz, que revela su constancia en perseguir el fin propuesto, y entre otros aciertos, ya señalados, sobresale, esencialmente, el de haber hecho el primer libro que á Zurbarán se dedica».

Legajo.



Fallo de un Jurado

De Amsterdam hemos recibido el correspondiente al certamen poético latino Hoenffiano que se anunció el año pasado con plazo de admisión hasta el mes de Marzo; hanse presentado 32 composiciones, de las cuales 8 parecieron al jurado fútiles con exceso; 3 agradaban, pero fueron igualmente eliminadas; á estas seguían 15, dignas de alabanza por su forma, aunque no merecedoras de publicación.

Llevaban á todas ventajas por su mérito las tituladas *Fanum Vacunae*, *Petronius*, *Pascua Montium*, *Avia*, *Ravenna*: aunque no satisfacía completamente por la economía del verso *Fanum Vacunae* ha sido con todo considerada digna del premio.

Cuando recibamos el fascículo, comprensivo de los trabajos laureados y nos sean éstos conocidos, habremos de ocuparnos en el examen de algunos de ellos, é interin llega el momento deseado, nos complacemos en proclamar el culto cariñoso que se rinde en la importante población holandesa á la lengua del Lacio, sañudamente combatida en Francia por el último ministro de Instrucción pública Mr. Steeg, y nada favorecida entre nosotros por los que tienen á su cargo velar en pro de la lengua considerada siempre como base de todo género de cultura. Que la lengua latina se halla bien atendida en el extranjero, pruébalo el hecho de que un obispo polaco hizo su discurso en el idioma del Lacio ante el numeroso público de nuestro reciente Congreso Eucarístico.